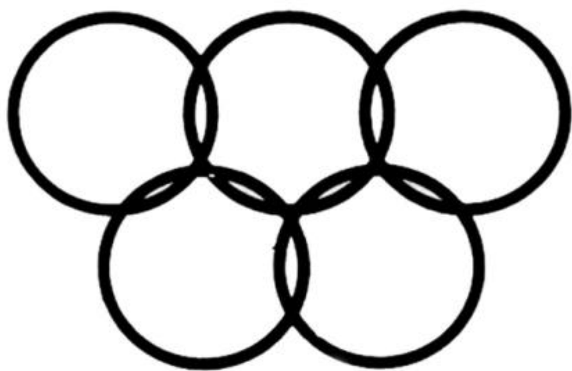


JUEGO SUCIO

Alex Simmons



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

ALEX SIMMONS

JUEGO SUCIO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 25
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84 7518-048 5
Depósito legal: R. 24.003 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre. 1982
2.ª edición en América: marzo. 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

¿Por qué diablos me pareció ver en los ojos de aquella muchacha un mensaje de muerte?

Había ordenado a Flood, mi fotógrafo, que le hiciese unos primeros planos, con su teleobjetivo.

Hamer obedeció a regañadientes, ya que su interés se centraba totalmente en lo que estaba aconteciendo en el terreno de juego.

¡Cómo si todo el mundo no supiera que los Águilas de California iban a ganar aquel encuentro!

Era el Final de la liga y, el equipo del estado en el que he nacido y me he criado, California, se enfrentaba con el más peligroso de todo el resto de los Estados Unidos: los Halcones de Boston.

El partido había empezado de una manera corriente. Con ambos equipos manteniéndose a la defensiva; hasta que, también como siempre, tras un avance de la delantera, Olwer pasó a Doyle, nuestro supercampeón, quien avanzó directamente hacia la línea de meta, marcando el primer tanto.

Fue en aquel momento, aproximadamente, cuando, al mirar hacia los graderíos, desde la tribuna de periodistas donde me encontraba con un montón de reporteros gráficos de toda la prensa estadounidense, vi a la muchacha.

La conocía perfectamente.

La conocía tanto como todos los periodistas y reporteros que me rodeaban. Pero todos ellos, al igual que mi fotógrafo Hamer Flood, enfocaban sus cámaras y su atención a los veintiséis jugadores que se movían rápidamente en el campo.

Yo sabía que, en aquella segunda parte, a pesar del empate que señalaba el marcador, los nuestros, por obra y gracia de Edwin Doyle, nuestro supercampeón, terminarían ganando.

Por lo tanto, el juego me despreocupaba un poco.

Después de hacer, por la fuerza, que Flood enfocase a la joven con su Nikon, le di un codazo, diciéndole al mismo tiempo:

—Pásame tu Minolta, chico.

También aquel aparato estaba dotado de un hermoso teleobjetivo y, enfocando con cuidado, fui recorriendo la masa de espectadores hasta que mi ojo cayó exactamente sobre el rostro de Serena Sperry.

Serena no es lo que vulgarmente se llama una mujer bonita. Tiene un rostro agradable, pero hay algo en ella que llama la atención inmediatamente: la viveza y la profundidad de su mirada.

Serena Sperry era una completa desconocida hasta que, hace dos años, se convirtió en la prometida de Edwin Doyle. Doyle, estudiante de Medicina de la Universidad de los Ángeles, no había nacido, indudablemente, para convertirse en un jugador de rugby.

Aunque era alto y bastante fuerte, no podía competir en absoluto con los colosos que formaban su equipo. Pero, un día, en una de las sesiones de atletismo que se llevaban a cabo en el estado de la universidad, el entrenador de nuestro equipo de rugby, Paul Moser, vio a un muchacho que, en una carrera de doscientos metros, sacaba una sustanciosa ventaja a todos los participantes.

Moser es un hombre inteligente, que siempre sabe lo que quiere. Por eso, sin perder tiempo, llamó a aquel joven, con el que conversó largamente, muy largamente, ya que era bastante difícil convencer a Doyle, que amaba extraordinariamente el atletismo puro, para que pasara a formar parte de un deporte que, con toda razón, se califica de brutal.

Naturalmente, Moser no cometió el error de convertir a Edwin en un delantero. Lo colocó en la línea «tres cuartos» y pronto demostró Doyle que aquel era el puesto que le pertenecía por derecho.

Lo demás es muy sencillo de explicar. Desde la llegada de Doyle al equipo, Los Águilas de California no han perdido un solo encuentro y ahora están a las puertas de obtener el campeonato de la liga.

Pero volvamos a Serena Sperry.

Hasta que no se comprometió con Doyle, la muchacha era una de tantas estudiantes de la Facultad de Filosofía de Los Ángeles, y, como he dicho antes, nada agraciada, al menos bajo el punto de vista del canon de belleza que parece reinar en estos tiempos.

Mi propósito, al tomar fotografías de aquella chica, era amenizar un poco la crónica deportiva que, invariablemente, con solo fotos

del partido y de los jugadores me parecía bastante sosa.

Siempre me ha gustado dar un poco de «zumo humano» a mis artículos y pensé que hablar del campeón como lo harían todos, sería una estupidez. Con unas fotos de Serena y el anuncio de que muy pronto iba a celebrarse la boda; en realidad, había sido oficialmente anunciada para dentro de dos semanas, daría a mi crónica un valor periodístico mayor que el de la simple reseña de un partido de rugby, aunque fuera la final de la liga.

Y fue exactamente entonces cuando descubrí aquello en sus ojos.

No es nada sencillo de explicar.

Ni siquiera pensé en apretar el disparador. Me limité a contemplarla, en un primerísimo primer plano, viendo cómo se mordía nerviosamente los labios, siguiendo con la vista al único jugador que le interesaba de los componentes que estaban luchando en el terreno.

Edwin Doyle.

Me pregunté cien veces, mientras seguía mirándola, de dónde procedía aquella sensación de pánico que se leía tan claramente en sus ojos.

Y más de pánico, como dije al principio, de muerte.

Acabé diciéndome que me estaba dejando llevar por una sensación absolutamente absurda, el nerviosismo de la muchacha era completamente normal, y faltando muy pocos minutos para que terminase el encuentro, sentía la ansiedad de poder verse con su prometido, en cuanto este abandonase las duchas y los vestuarios.

Un enorme grito de la multitud hizo que abandonase la observación de Serena Sperry, volviendo la vista hacia el campo.

Tampoco me extrañó mucho lo que vi.

Con el balón bien apretado contra su cuerpo, Edwin Doyle atravesaba el campo a una velocidad fantástica, protegido por los delanteros que impedían a la delantera contraria que interviniese, deteniendo a aquel fulgurante jugador.

Se mascaban los puntos de la victoria.

Como Flood estaba haciendo funcionar, a toda marcha, el motor de su Nikon, no me preocupé en absoluto de tomar ni una sola fotografía de aquella emocionante escena que, aunque lo era de verdad, había sido repetida por Doyle a lo largo de toda la liga.

Desde luego, era un jugador maravilloso, más pequeño y menos

fuerte que los demás, poseía aquella agilidad que había descubierto en él el entrenador Moser. Era una gacela, deslizándose velozmente por el césped.

Levantando la admiración del público, llevaba a cabo una de sus excepcionales jugadas.

Entonces vi a los tres medios contrarios.

Verdaderos colosos, gigantes envueltos en sus armaduras modernas, se precipitaba, al mismo tiempo, al encuentro del rapidísimo jugador contrario.

Por desgracia, Edwin se había adelantado demasiado, llevando a los jugadores de su propio equipo a una distancia demasiado grande como para poder pasar. Claro que podía chutar, evitando así que aquellos tres mastodontes se le echaran encima.

Pero las cosas no ocurrieron como yo pensaba.

Uno de los contrarios se alejó hacia la línea de defensa, mientras los otros dos proseguían su camino hacia nuestro magnífico «tres cuartos». Casi inmediatamente, chocaron con él.

Estoy seguro de que si la multitud hubiera guardado silencio, el espantoso ruido del choque hubiera llegado hasta mí. No ocurrió así y el griterío de la multitud prosiguió, mientras que Doyle caía brutalmente al suelo, despejando uno de los contrarios con el pie, mandando la pelota fuera.

Todo el mundo esperó que Edwin se levantara poco después, aturdido por el golpe. Pero no ocurrió eso. Y aunque el árbitro estaba distraído, pensando solo en reanudar el juego sacando de línea, vi que muchos jugadores, miraban hacia el cuerpo de Doyle, corriendo algunos de su equipo hacia él.

Le rodearon, por lo que le perdí de vista. Momentos después, alguien llamaba al árbitro y, más tarde, vi a dos camilleros que corrían con su camilla hacia el lugar donde Doyle se había desplomado.

Entonces, movido por algo instintivo, enfoqué el rostro de Serena Sperry, que estaba blanco como el papel.

Pero fue otra vez la infinita tristeza, el tremendo pánico que había en sus ojos lo que me hizo estremecerme.

Movida por un impulso repentino, se levantó de su asiento, abriéndose penosamente paso entre las filas de los espectadores que rodeaban su asiento. Algo me movió, y me dirigí hacia ella

velozmente, contribuyendo a abrirle paso, estableciendo un pasillo humano que me condujo directamente hacia la muchacha.

—Venga usted por aquí, señorita. La acompañaré.

Ella me siguió.

Confieso lealmente, que en aquellos momentos, solo me guiaba mi afán informativo. Mi intuición periodística me decía que podía obtener algo bueno si conseguía llegar junto a la muchacha a los vestuarios o a la enfermería donde debían estar atendiendo a su novio.

Una vez fuera del estadio, seguimos el largo pasillo que conducía a las escaleras, por las que descendimos a la parte baja, donde estaban ubicados los servicios sanitarios del estadio.

Por fortuna, ninguno de mis colegas nos había seguido.

Caminábamos juntos, y yo la miraba de reojo, comprobando que la palidez seguía dando a su piel un color macilento.

Pero fue al llegar junto a la puerta de la enfermería cuando, de repente, dio un traspié. Tuve que cogerla por el brazo, ya que parecía que las piernas le fallaban.

—¿Se siente usted bien? —le pregunté.

Ella me miró con una inmensa gratitud en sus hermosos ojos.

—No me atrevo a entrar, señor…

—Me llamo Ward Tobbot, señorita Sperry. Espere aquí. Voy a informarme. Pero no tenga cuidado. El golpe ha sido fuerte, pero seguramente sin consecuencias.

No me dijo nada.

Empujé las puertas basculantes que daban a un pasillo, al fondo del cual estaba la enfermería propiamente dicha. A través de los cristales esmerilados que daban a la sala de cura, pude ver las siluetas de la gente, que trabajaba, seguramente atendiendo al jugador.

Sin dudar un instante, empujé las puertas, aunque con cuidado, de forma de no llamar la atención.

Y fue en el mismo instante en que atravesé el umbral, cuando la voz de uno de los hombres con bata blanca que rodeaban la cama en la que yacía Edwin Doyle, dijo con una voz desgarradora:

—Está muerto.

* * *

—¡Buen reportaje, Tobbot!

No me extrañó en absoluto que Glen considerase mi trabajo como excelente. Glen State es el director del periódico, un hombre agresivo, con sus noventa kilos de peso, alto fuerte, los cabellos blancuzcos, cortados casi al cero. Un hombre que desea aparentar una deportividad que la grasa acumulada en su cuerpo no le permite ya ejercer.

A Glen no le interesa más que el número de periódicos de cada tiraje. Es muy posible que disimule, ante sus redactores, una afición hacia el deporte que ha dejado de sentir. Su cerebro está lleno de números y, cada día, antes de regresar a su hermosa residencia, pasa por los talleres donde permanece unos instantes, embelesado, observando el rapidísimo girar de las rotativas.

Después de haber manifestado que mi artículo le había gustado, State consultó unas notas que tenía encima de su mesa y, alzó su mirada hacia mí.

—Se prepara un excelente combate de boxeo —dijo—. Y nuestro Joe de siempre ha manifestado abiertamente a los muchachos de la televisión que iba a derrumbar a su contrario en el primer asalto.

Me encogí de hombros.

Mi mente estaba muy lejos de allí.

Él siguió hablando, intentando interesarme, de forma a que encontrara algo sensacional en aquel combate que, como yo sabía de antemano, sería una muestra más del «tongo» que define el boxeo profesional.

Cuando terminó de hablar, clavé la mirada de mis ojos en los suyos:

—¿Es que no cree usted, señor, que deberíamos seguir el asunto del desdichado Doyle?

—¿Para qué?

—Es un jugador que ha muerto en el campo de rugby.

Se encogió de hombros, despectivamente.

—¿Y eso qué? Cada año mueren deportistas. No quieras buscar tres patas al gato, Ward. Ya has sacado bastante producto con ese artículo tuyo. Podemos archivar tranquilamente el asunto Doyle.

Yo no estaba de acuerdo.

En realidad, no sabía exactamente lo que me rondaba por el magín. Había algo, una especie de rara intuición, que me decía que

las cosas no habían pasado de manera tan sencilla como parecía en el campo donde había caído para siempre Edwin Doyle.

Había algo más.

No me hacía gracia alguna asistir a aquel encuentro de boxeo y después de reflexionar unos instantes, me decidí hacer algo a lo que mi querido director no estaba acostumbrado.

—Quiero un permiso.

Me miró, enarcando las cejas.

—¿Y para qué diablos quieres un permiso?

—Estoy cansado. Hace un montón de semanas que paso los domingos fuera de mi casa. No es que en mi casa haya nadie, ya que vivo solo. Pero necesito sentirme libre. Tumbarme en el jardín o pegarme un buen baño en la piscina como todo el mundo, en día de fiesta.

—Eres un bicho raro.

—Eso ya lo sabía yo.

Sus dedos gordezuelos jugaron unos instantes con un lápiz, la mirada baja, antes de elevarla de nuevo hacia mí.

—¿Qué clase de permiso quieres?

—Un par de semanas será suficiente.

Te advierto que te las quitaré de tu período de vacaciones correspondiente.

—Lo sé. Lo contrario me hubiese extrañado.

Sonrió.

—Enviaré a otro a ese combate de boxeo. Está bien, Ward. Puedes largarte.

—Hasta la vista.

Y como él me dijo, me largué.

* * *

El entierro de Edwin Doyle, fue, como se esperaba, una manifestación de duelo, tremenda. Había mucha gente, demasiada. Desde el sitio al que pude llegar, abriéndome paso a codazos, concentré mi atención en las tres personas que estaban juntas y en las otras dos que, aunque no muy separadas de las primeras, formaban un grupo aparte.

Por un lado, en un segundo lugar, se encontraba Serena Sperry y

los que debían de ser sus padres. Más cerca de la tumba en la que el pobre Edwin iba a ser enterrado, había una pareja. El padre era delgado, como lo había sido el hijo, no muy alto. Pero sí más que la esposa, verdaderamente corta de estatura, cuya cabeza iba envuelta en una especie de sombrero negro. A mí; naturalmente, quien me interesaba era la muchacha. Cualquier hombre, pensaba yo mientras el sacerdote leía un largo salmo, no cuenta nada intimo más que a la persona con la que va a convivir el resto de su vida. Si algo extraño había en la muerte de Doyle, solo Serena Sperry podía conocer los motivos, si es que le había comunicado algo importante antes de aquel fatídico encuentro.

¿Por qué se me había metido en la cabeza que algo raro había ocurrido?

Como no podía abordar allí a la joven, tuve que esperar a que se despidiera el duelo. Luego, sin perder de vista al trío formado, por los padres y la hija, les seguí hasta la salida del cementerio. Allí subieron a un coche, a cuyo volante se puso el padre de Serena. Yo corrí hacia el mío, consiguiendo, en el tremendo tumulto de vehículos, situarme a una distancia prudencial del coche en el que iba la señorita Sperry.

Una vez en la autopista, les seguí, con mayor facilidad, viendo que se dirigían a Santa Mónica, deteniéndose a la entrada de la población, en una casa de dos pisos, que era indudablemente donde vivía la familia Sperry.

Dejé que penetraran en la casa, mientras calculaba las posibilidades de tener una conversación con Serena. No iban a ser muchas. En pleno duelo, una familia suele cerrar su puerta a cal y canto. De todos modos, tenía que intentarlo.

Dejé transcurrir una veintena de minutos. Luego, abandonando el coche, atravesé el pequeño jardín, subiendo los escalones que conducían a la entrada principal.

Llamé al timbre. Había pensado que tendría la suerte de que fuese Serena quien me abriese.

Me equivoqué. Me abrió su padre. Un hombre serio, de mirada aguda, alto y casi completamente calvo.

—¿Qué desea usted?

Me preguntó con un tono de voz bastante áspero.

—Quisiera conversar unos instantes con la señorita Serena.

Frunció el ceño al tiempo que su mirada se hacía aún más adusta.

—¿Es usted periodista?

—Sí.

—Lo lamento. Usted comprenderá las condiciones en que nos encontramos. Creo que lo más humano es dejarla tranquila, dejarnos a todos. Y ahora por favor, márchese.

No dejé que cerrara la puerta, poniendo mi pie en la parte inferior.

Le miré con fijeza, diciendo en voz baja:

—Es verdad que soy periodista. Pero su hija me conoce. Dígale que soy quién la llevó, en el campo, desde los graderíos hasta la enfermería. Se lo ruego, señor Sperry. Es muy importante lo que tengo que decirle.

Dudó unos instantes. Luego, asintiendo con la cabeza, se hizo a un lado, abriendo la puerta de par en par para dejar que penetrase en el vestíbulo.

—Espere aquí.

—Gracias.

Transcurrieron unos cinco minutos hasta que se abrió la puerta que daba al salón, apareciendo Serena Sperry. Me reconoció enseguida, aunque su expresión no se modificó en absoluto. Tenía los ojos ribeteados de rojo y estaba verdadera y sinceramente triste.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor Tobbot?

Me alegró muchísimo el que no hubiera olvidado mi nombre. En realidad, después de saber que su prometido había muerto, estuve a su lado, hasta que los médicos le permitieron la entrada en la sala de curas del campo. Incluso allí no la dejé, hasta que más tarde llegaron sus padres, seguidos, momentos más tarde, por los del desdichado jugador.

La miré con verdadera simpatía.

Todas mis buenas disposiciones, todos mis ánimos antes de llegar hasta allí, se vinieron ruidosamente abajo. Me juzgué como un verdadero loco, ya que carecía de elementos que demostraran que, aunque fuera un poco, la posibilidad de lo que había estado pensando. Por otra parte, el volver a hablar de Edwin Doyle iba a significar, eso lo sabía yo perfectamente, un incremento en el dolor que estaba atravesando la pobre muchacha.

Pero, de nuevo, una fuerza cuya procedencia no podía precisar, me impelió a romper el penoso silencio que se había hecho, tras su cortés pregunta.

—Le ruego que me perdone, señorita Sperry. No quisiera, en estos momentos, tener que tocar un tema que pueda aumentar lo más mínimo, el dolor que usted siente. Pero, hablándole con franqueza, estoy muy extrañado de lo ocurrido en el campo.

Noté, con una cierta sorpresa, que su mirada adquiría un brillo especial. Había esperado que ella reaccionase normalmente, rogándome que me fuera. Al contrario, se volvió a medias para cerrar la puerta del salón y, volviéndose hacia mí:

—Es mejor que salgamos al jardín, señor Tobbot.

Ahora, el extrañado era yo.

Entornó ligeramente la puerta de la casa, y avanzamos, uno junto al otro, en silencio, a través del minúsculo jardín que rodeaba la casa. Sin embargo, desde el extremo de la balaustrada, al lado de la puerta de entrada, se veía perfectamente al mar.

Ella se quedó precisamente mirando hacia allí, al jugueteo espumoso de las olas en la playa próxima. No se volvió hacia mí para mirarme, parecía absorta y no tuve la osadía de romper aquella quietud, aquel recogimiento en el que ella se encontraba. Su voz, cuando empezó a hablar, era suave, quizá más dulce y penosa de lo que había sido dentro de la casa.

—Edwin recibió una llamada telefónica, pocos días antes del partido, la he repetido tantas veces, sola, que me la sé de memoria. Era una voz desconocida que dijo así:

«Procura perder el partido ante los Halcones de Boston… o morirás».

CAPÍTULO II

Detrás de sus gafas, los ojos del doctor Playford chispearon peligrosamente. Estaba claro que la cólera le dominaba. Pero me había recibido y yo estaba dispuesto a que contestara de manera satisfactoria a las preguntas que iba a formularle. La primera había sido:

—¿Por qué no se hizo la autopsia a Edwin Doyle?

Me miró inquisitivamente, sin decir una sola palabra. Pero sus ojos decían todo. Tuve que esperar un par de minutos, antes de que se dignara a responderme.

—Nunca pensamos en hacer la autopsia a ese jugador. Nunca la hacemos, en estos tristes casos. No comprendo a qué viene su pregunta.

—Yo no entiendo de medicina, doctor. Pero estaba convencido de que cuando una persona muere de forma desconocida, el forense ha de investigar para encontrar las causas de ese fallecimiento.

—Creo haber leído su nombre, hace tiempo, en las crónicas policíacas de otro periódico, ¿no es verdad?

—Es cierto. Trabajé cuatro años en el California News y precisamente especializado en asuntos criminales —hice una pausa para luego continuar—: Pero eso no tiene que ver nada con el asunto de mi visita aquí, doctor.

—Yo estoy convencido de lo contrario, señor Tobbot. Una deformación profesional es algo corriente.

Me estaba conteniendo a duras penas. Aquel individuo, el doctor Playford de la Federación Deportiva de California no me gustaba en absoluto. Aunque no supiera por qué. Era un hombre demasiado elegante, demasiado orgulloso y demasiado pedante.

—Por lo menos —volvía a atacar—, conocerá usted los motivos de esa muerte, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Tendría usted la amabilidad de decírmelos?

—¿Por qué no? El desdichado Edwin Doyle murió de un ataque

al corazón. En realidad, si los documentos que luego llegaron a mi despacho, procedentes del Águilas de California, firmados por su médico el doctor Russel, los hubiera conocido con anterioridad, yo no hubiera permitido que Doyle jugase contra los Halcones de Boston.

—¿Por qué? —pregunté extrañado.

—Es muy sencillo, el doctor Russel, como luego me ha informado, por desgracia demasiado tarde, había descubierto una pequeña lesión cardíaca en Doyle. Quizá juzgó que era menos importante de lo que en realidad resultó ser. El resultado, fatal, ha sido el que usted y yo conocemos.

¿Una lesión cardíaca en el corazón de Doyle?

En la larga conversación que tuve con Serena, en el jardín de su casa tras haberme comunicado aquella misteriosa llamada telefónica, me habló mucho de su prometido, pero no me dijo absolutamente nada de ninguna enfermedad que Edwin padeciera. Naturalmente, pensé mientras observaba al doctor Playford, que Doyle podía haberle ocultado a su novia aquella dolencia, para no preocuparla demasiado. Pero por lo que Serena me había dicho, existía tal confianza entre los dos jóvenes que me parecía imposible que Edwin hubiera guardado un secreto tan importante como aquel.

Yo sabía ya lo suficiente para no permanecer en el despacho de aquel hombre antipático ni un momento más.

Me puse en pie, sin tenderle la mano. Sus ojillos porcinos, detrás de los cristales de sus gafas, seguían desagradándome profundamente.

—Muy agradecido, doctor. Lamento de veras haberle robado un tiempo precioso.

—No tiene importancia.

Momentos después salía del edificio.

* * *

Cité a Serena en La Cornisa, un lugar tranquilo y agradable, junto al mar. Una de esas cafeterías que, a ciertas horas del día, especialmente por la mañana, están lo suficientemente vacías para que dos personas puedan conversar sin tener que gritar como locos.

Todos los aparatos musicales y las máquinas tragaperras

estaban, afortunadamente, apagados.

Serena llegó puntual, sentándose a mi lado. Su rostro iba cambiando paulatinamente y los cercos de sus ojos eran menos negros y de menor diámetro que cuando la vi, inmediatamente después del entierro.

Luego de que el camarero nos hubo servido, le expliqué, despacio y con detalle, la visita que había hecho al doctor Playford.

Ella me había escuchado atentamente, sin interrumpirse ni una sola vez. Me miraba intensamente, y noté que fumaba sin cesar demostrando así que seguía estando muy nerviosa.

Dos veces me ofreció un cigarrillo y yo le dije que no había fumado nunca que, como su novio, me había dedicado al deporte, aunque las necesidades económicas, después de morir mis padres, me obligaron a abandonar la universidad para entrar de lleno en el periodismo. Cuando terminé mi relato, ella apenas había probado lo que el camarero le trajo.

Encendió un nuevo cigarrillo y tras echar el humo hacia el techo, dijo:

—Ese hombre ha mentido, señor Tobbot.

—Lo suponía.

—Edwin no me dijo nunca nada que fuera preocupante para su salud. Se encontraba perfectamente. Era un hombre cuidadoso... como usted —sonrió—, no fumaba ni bebía nunca. Precisamente deseaba que yo tampoco fumara y la verdad es que había conseguido casi quitarme el vicio, aunque ahora ha vuelto desdichadamente a él. Lo único que afectó a Edwin, como ya le conté, fue aquella llamada. Al principio, la tomó a broma. Pero a medida que iba acercándose el momento del encuentro, noté que estaba cada vez más nervioso. Pero lo que puedo afirmar rotundamente es que Edwin, aun creyendo que iban a cumplir la amenaza, no pensó jamás morir en pleno encuentro.

—Eso desde luego. Lástima que en vez de ser una llamada telefónica, no le hubiesen enviado una nota escrita.

—¿Por qué?

—Porque sería un argumento perfecto, una prueba que podríamos presentar a la policía. Lo que usted ahora pueda contar, respecto a esa llamada telefónica, no tiene ninguna importancia. Nadie se lo tomaría en cuenta.

—Tiene usted razón.

Hubo un largo silencio, mientras ella me miraba cada vez con mayor intensidad. Después, se decidió:

—¿Qué podemos hacer, amigo mío?

—Todavía no lo sé, señorita Serena. Desde luego tenemos que formar un plan. Yo ya tengo algunas líneas principales de lo que debe ser nuestra actuación; es decir, mi actuación. Quiero, en primer lugar, ir a Boston para hacer una entrevista a los dos jugadores que tropezaron con su prometido. Desde luego, no puedo imaginar que esos muchachos llevasen la idea de hacer daño a Doyle. Debe haber algo más. En cuanto regrese de Boston, la llamaré para explicarle lo que ha ocurrido allí. Luego, también quiero hacer una visita al doctor Russel.

—¿El médico del equipo?

—Sí. No me atreví, por el momento, a pedir al doctor Playford, que me mostrará los documentos que el doctor Russel le envió. Confié en su palabra. Pero eso no quiere decir, que si el doctor Russel negase el haber enviado información a su colega, vuelva yo a visitar al doctor Playford, exigiéndole que me muestre dichos papeles.

—Me parece muy bien.

Apagó el cigarrillo, diciendo luego:

—No puedo explicarme cómo pudieron matar a Edwin. Como usted, señor Tobbot, me es imposible imaginarme que dos jugadores contrarios se decidieran a hacerle verdaderamente daño. ¡He pensado en tantas cosas! Hasta que es muy posible que le hayan dado una droga, en los vestuarios. La misma persona que le amenazó. Recuerde que el primer tiempo del encuentro estaban en empate, y que todo el mundo esperaba que Doyle hiciera lo que hizo. Marcar los puntos necesarios para la victoria.

—Es cierto.

Había, indudablemente, algo que no encajaba en aquel rompecabezas. Por eso quería yo ver personalmente, aunque los conocía por foto, a los dos hombres que habían embestido de aquella violenta manera al infortunado Edwin. Hablando con ellos, mirándoles a los ojos estaba seguro de enterarme de muchas cosas.

Tranquilicé a Serena, prometiéndole que me ocuparía seriamente del asunto hasta descubrir la verdad. Ella estaba

sinceramente emocionada. Me demostró su alegría de tener, al menos, un amigo en el que poder confiar.

—Nunca podré agradecerle lo que está haciendo por mí, señor Tobbot.

Sonreí.

—Lo hago con muchísimo gusto, señorita Sperry. Hay algo que deseo contarle. Existe un cierto paralelismo entre la vida de su prometido y la mía. Yo también estudié en la universidad y, como él, me dediqué muy de lleno al atletismo, especialmente a la carrera de fondo y a los cien y doscientos metros. Por eso, al conocer la historia de Doyle, fue como si estuviera viendo lo que me hubiese ocurrido, de no haber tenido que abandonar la universidad. Sé, en el fondo, que soy un deportista nato. Pero la vida —agregué— tiene sus propias leyes.

—Eso es verdad.

La acompañé hasta su coche y cuando me dio la mano me percaté de que lo hacía de una manera calurosa y muy humana que, a pesar mío, me emocionó profundamente.

* * *

Después de la victoria obtenida en la liga, los Halcones de Boston fueron recibidos de forma multitudinaria en su ciudad de origen. El club tenía un edificio céntrico, propio, en la ciudad, una especie de mansión señorial donde los jugadores pasaban sus ratos de ocio, entre entrenamiento y entrenamiento. Una buena propina al portero me proporcionó los datos que necesitaba. Los dos jugadores que estaba buscando, Peter Neal y Joe Keer, solían pasar la tarde de los viernes en la casa del club, la mayor parte del tiempo en el gimnasio que estaba situado en los sótanos del edificio.

Como llegué el miércoles por la tarde, en el vuelo de las dieciocho cincuenta, tuve que esperar al viernes para poder entrevistarme con aquellos dos hombres. Tuve que dejar una veintena de dólares en las manos del portero, cuyos ojos ambiciosos brillaron de codicia, para que me permitiera entrar en el edificio, dirigiéndome directamente al gimnasio, donde tuve que volver a esperar, más de media hora, hasta que los dos individuos, que habían estado haciendo diversos ejercicios, salieron de las duchas,

ya vestidos, dirigiéndose hacia la escalera que conducía a la planta primera. Les intercepté el paso.

—¡Hola! —dije—. Soy redactor del periódico californiano Los Ángeles Sport, mi director me ha hecho venir a Boston para charlar con vosotros.

No me miraron con demasiada simpatía. Leí claramente en sus ojos que hubiesen dado cualquier cosa por deshacerse de mí. Pero eso es, lo confieso bastante difícil. La vida periodística me ha enseñado a no cejar ningún esfuerzo y, aunque de mala gana, conseguí que subiésemos al primer piso yendo a ocupar una mesa apartada en el inmenso bar que el equipo había montado para sus jugadores, donde había de todo, excepto alcohol naturalmente.

Ante sendos vasos de limonada, esperamos unos instantes en silencio. Es decir, esperaron ellos, ya que era mi deber el formular las preguntas.

Pero no queriendo ir directamente al asunto, di un pequeño rodeo, mostrándome lo más amable posible, de forma a ocultar mis verdaderos objetivos.

—Si leyeran ustedes la crónica que publiqué después del encuentro con los Águilas de California comprenderían que he subrayado la importancia de la maravillosa jugada que hicieron ustedes, deteniendo al jugador Doyle en el momento en que, sin duda alguna, hubiese marcado sin vuestra precisa intervención.

No despegaron los labios.

—En crónicas sucesivas —mentí—, he lamentado lo ocurrido, seguro de que dos nobles jugadores como ustedes, no imaginan, en absoluto, que Doyle no estaba sano y que padecía de una afección al corazón.

—¿Es eso verdad? —inquirió Peter Neal.

—Por completo —respondí—, y me alegro de estar aquí, con esa noticia, para poder borrar hasta la última gota de remordimiento que podría quedar en ustedes.

Noté que el ambiente cambiaba.

Habían esperado, seguramente, una agresividad directa por mi parte. Pero al ver que me ponía de su lado, dejaron de mostrarse defensivos, abriéndose, como vulgarmente se dice, como almejas.

—Fue un accidente desgraciado —explicó Joe—. Nosotros no queríamos hacerle el menor daño. ¿No es verdad, Peter?

—Claro que es verdad.

—Me gustaría dije conocer concretamente el desarrollo de esa magnífica jugada. Creo que hay que dejar las cosas bien claras. El público, es decir, los aficionados de los Ángeles de California, han de convencerse plenamente de que no hubo mala intención por parte de ustedes.

—Y no la hubo.

—Estoy de acuerdo. Por eso deseo que me expliquen, si son tan amables, cómo se desarrolló aquella jugada.

—Contestaré yo —dijo Joe—. Cuando Doyle se apoderó del balón éramos tres hombres cerca de la línea de meta. Como vimos que había otro «tres cuartos» de enemigo que se iba acercando por la izquierda, nuestro compañero, Coller, que llevaba el número diez en la camiseta, se dirigió directamente hacia allá, para impedir el paso del balón al adversario que avanzaba también a toda velocidad, aunque un tanto retrasado respecto a Doyle.

—Siga, por favor.

—Peter y yo nos dirigimos entonces directamente hacia el «tres cuartos» que avanzaba velozmente, con el balón fuertemente cogido entre las manos. Como no podíamos dejar que pasara y placarlo después, ya que aquel demonio de Edwin era muy rápido, optamos por interceptarle el paso, como suele hacerse muchas veces. Yo me adelanté un poco, colocándome a la izquierda de mi compañero Peter.

—¿Es la táctica que emplean?

—En efecto. Uno de nosotros se adelanta, y cuando el adversario quiere esquivarnos, es el otro el que se precipita velozmente contra él, parándole en seco.

—Entiendo.

—Las cosas ocurrieron tal y como pensábamos. Peter iba un poco retrasado, respecto a mí y yo me dirigí directamente hacia Doyle. Este, matemáticamente, intentó esquivarme moviéndose hacia la izquierda. Fue entonces cuando se encontró ante Peter, al mismo tiempo que yo también me precipitaba para doblar el esfuerzo de mi compañero.

—¿Quiere decir eso que chocaron ustedes al mismo tiempo con él?

—Casi al mismo tiempo. Para ser exactos, Peter chocó primero y

yo lo hice una décima de segundo más tarde. Formábamos así un muro infranqueable deteniendo al jugador contrario que iba a colarse directamente hacia la meta.

—Muy interesante.

Yo había sacado un cuaderno y colocándolo sobre la mesa iba anotando lo que iban diciendo. Por el momento, me negué en absoluto a sacar conclusiones de lo que me iban contando. Tenía muchísimo tiempo de estudiar aquellas notas, más tarde. Pero necesitaba precisar más, hacer algunas preguntas que concretasen aquellos fatídicos instantes en que dos hombres habían chocado con un tercero, causándole involuntariamente la muerte. Alcé la mirada y pregunté:

—Entonces, ¿no intervino el número diez?

—En absoluto.

—¿Qué números llevaban ustedes inscritos en la camiseta?

—Yo, el nueve —dijo Joe—, mi compañero Peter Neal, el número doce.

—De acuerdo —y después de una corta pausa. Tras haber anotado aquellas dos cifras—: ¿Notaron ustedes algo raro cuando Doyle se desplomó en el suelo?

—Yo, no.

—Yo, tampoco.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Yo despejé el balón —dijo Peter—. Inmediatamente me adelanté para colocarme en una nueva posición. Fue instantes después, no recuerdo cuándo, que oímos los silbidos del árbitro y empezamos a ver que algunos jugadores de los Águilas de California se concentraban alrededor de su compañero que se había desplomado en el suelo.

—Está claro.

—Incluso cuando se lo llevaban a la enfermería —dijo Joe—, no podíamos imaginarnos lo que había ocurrido. Estábamos convencidos de que se había desvanecido por efectos del golpe, pero de lo que mi compañero y yo estábamos seguros es de que no le habíamos ni siquiera herido.

—Lo comprendo.

Me puse en pie, tras haberme guardado el cuaderno, estrechando calurosamente la mano de aquellos dos muchachos.

—Han sido ustedes muy amables. Estoy seguro de que lo que voy a escribir, al regresar a Los Ángeles dejará definitivamente claro este desdichado asunto. Después de todo, Doyle no es el primer jugador de rugby que fallece en un encuentro. Muchas gracias, muchachos.

—Gracias a usted —dijo Peter.

Y me fui.

Cogí el avión de las trece cincuenta. Durante el vuelo, por más vueltas que di al asunto, comprendí que nada extraño podía haber ocurrido. Lo único que me seguía preocupando de veras era la dolencia cardíaca de Edwin Doyle. Recordando la mirada de rata, tras los cristales de sus gafas, del doctor Playford, mis sospechas no dejaban de aumentar.

¿Tendría razón Serena cuando habló de una droga?

Una droga o algún medicamento que, mezclado con la bebida, podía haber ido causando una especie de falsa dolencia del corazón, que disminuyó las facultades del desdichado Edwin.

De todas formas, la conclusión a la que tenía que llegar era clarísima.

En aquel célebre partido, se había hecho, indudablemente, «un juego sucio».

Veinte minutos después de que mi avión aterrizase en Los Ángeles penetraba en el edificio del periódico, dirigiéndome a la sección de fotógrafos, donde no tardé en encontrar al que me acompañaba el día del partido. Hamer Flood estaba, como de costumbre, recortando algunas fotos para darles el tamaño adecuado en la próxima tirada.

—¡Hola, Flood! —saludé.

Alzó su mirada hacia mí, frunciendo el ceño. Al mismo tiempo gruñó:

—Hola.

Me senté a su lado, aunque él siguió trabajando. Conozco hace muchísimo tiempo a Hamer y sé que es un hombre presumido, que se da muchísima importancia, pero que en el fondo sigue siendo un buen muchacho.

—Voy a hacerte una pregunta, Flood —le dije.

Se encogió de hombros.

—No es mi hora de visitas —sonrió—, pero empieza a disparar,

Ward.

—¿Conseguiste fotografiar las escenas del choque de los jugadores del Boston con nuestro Doyle? —pregunté.

Entonces sí que levantó la cabeza. Me miró, exactamente, como si acabase de ver una cucaracha con corbata.

—¿Por quién me tomas? —volvió a gruñir—. Si no confías en mí como fotógrafo, ¿por qué diablos le pides siempre al director que sea yo quien te acompañe a los partidos?

—No te enfades, Hamer. No me estoy refiriendo a las maravillosas fotografías que ilustran mi artículo, me refiero a las otras, a esas que nunca se publican y en las que pensaba encontrar algún detalle interesante para un trabajo que estoy preparando.

—Ahí las tienes, en el archivo.

Me levanté, sacando una carpeta y, volviéndome a sentar, examiné una a una las fotos, todas ellas estupendas, que había obtenido la cámara de Hamer. Pero no encontré lo que esperaba. Había unas maravillosas secuencias del choque, tomadas con el motor de la Nikon. Y algunos primeros planos estupendos, mostrando la violencia de aquel encuentro.

Volví a mirar a Hamer.

—¿No teníamos más fotógrafos en el campo? —le pregunté.

—¡Qué preguntas haces! Pareces un novato. Ya sabes que siempre cubrimos la casi totalidad del campo. Naturalmente, estaban Lerner y Pool.

—¿A qué lado estaban?

—Espera que recuerde. Porque supongo que te refieres al momento del choque, ¿verdad?

—Exactamente.

Frunció el ceño, reflexionando unos instantes antes de contestar:

—Sí, ahora lo recuerdo. Lerner estaba detrás de nuestra puerta y Pool estaba en la de los contrarios, ¿satisfecho?

—¡Eres un ángel!

Me levanté, empezando a dirigirme hacia la puerta; pero él me llamó, con voz airada.

—¡Tobbot!

—¿Sí?

—Soy tu amigo, pero no tu criado, haz el favor de volver a meter la carpeta en su sitio.

Lo hice, sonriente.

—Ya te veo dentro de veinte años. Con ese carácter tuyo serás el más antipático de los suegros.

Cuando atravesaba la puerta, oí la sonora carcajada que salía de los labios de Flood.

CAPÍTULO III

Pool no estaba en la redacción del periódico. Como le conocía, así como su afición a las buenas bebidas, tuve que recorrer todos los bares hasta encontrarle en una especie de tugurio, un cajón iluminado de azul con dos mesas y un mostrador, un sitio llamado El Nido. Con los ojos entornados, la mirada perdida y filosófica, Pool acariciaba con ambas manos el alto vaso de *whisky* que, casi vacío, esperaba el último trago para pedir el siguiente.

—Invito yo —dije sentándome en el taburete.

Volvió hacia mí su rostro estropeado, con grandes ojeras, color macilento y muchas arrugas en la frente. Había envejecido prematuramente. Pero todo el mundo conocía el motivo de que Pool, un excelente muchacho, se hubiese dado a la bebida. Era uno de esos desdichados que cree en las mujeres. La que iba a ser su esposa, una rubia despampanante, desapareció la víspera de la boda, como tantas otras, pero en vez de olvidarla, Pool empezó a pensar más y más en ella. Y no encontrando solución a su propio dolor, lo estaba buscando en el fondo de los vasos que consumía a una velocidad verdaderamente terrorífica.

—Gracias —dijo con voz pastosa.

Además de un excelente fotógrafo; Pool era un hombre que poseía una memoria prodigiosa. ¡Lástima que el alcohol iba a terminar con aquella hermosa facultad!

De todos modos, cuando hablé, se interesó, ya que, como yo estaba seguro, recordaba exactamente cada cliché que había obtenido durante el partido, así como todos los detalles. Cuando terminé de hablar, asintió tristemente con la cabeza antes de beberse el vaso de *whisky* que yo acababa de pedir para él.

—Fue una marranada, un choque demasiado brutal. Incluso en un juego tan violento como el rugby. Desde el sitio que yo me encontraba, vi como Doyle desaparecía detrás de aquellos dos tanques.

—¿Has reservado alguna de esas fotos?

—No. Es decir, debe quedar alguna por casa. Escogieron dos para tu artículo, las otras las rechazaron. Ese cerdo de State, nuestro querido director, me tiene tirria.

—Olvídalo.

—Si me compras una botella, vamos a casa y vemos el material que he guardado.

—Encantado.

Y se puso en pie.

Tuve que llevarle en mi coche, ya que él había vendido el suyo. El alcohol cuesta muy caro y el sueldo de un reportero gráfico no es tan grande como la gente piensa.

El piso estaba tan desordenado como la mente y la vida del pobre Pool. Había calcetines colgados en una cuerda, junto a la calefacción y en el suelo algunos libros abiertos que yacían sobre la moqueta.

En total, un verdadero asco.

Me senté no sin reparos, en uno de los sillones cuya cretona había perdido su color original. Mientras, Pool andaba rebuscando entre montones de papeles y, después de más de quince minutos, volvió al lugar donde yo me encontraba llevando una media docena de fotos que me entregó. Empecé a mirarlas con cuidado y, de repente, encontré lo que estaba buscando. Tuve que hacer un esfuerzo para ocultar mi alegría. Luego, mirando a Pool:

—Necesito esta foto, amigo mío.

—Llévatelas todas, si quieres.

—No, solo me interesa esta. ¿Qué te parece un billete de veinte?

Sus ojos se abrieron como los de un mochuelo.

—Debes estar detrás de alguna pista, granuja. Si yo fuera un hombre inteligente, exigiría por lo menos el doble.

—Aguántate con veinte o quédate con la foto.

—Está bien.

Momentos después, sentado en mi coche, sin poner el motor en marcha, apoyando la foto sobre el volante, la examinaba con todo cuidado. Allí había algo que no concordaba con lo que los jugadores del Boston me habían contado. Porque, al contrario de lo que ellos me habían dicho, era el número nueve el que iba a chocar, en primer lugar, con Edwin Doyle, mientras el número doce se mantenía un poco separado. Además, había algo en aquella foto,

tomada por la espalda de los jugadores, que sin saber explicar de qué se trataba, sembró en mi ánimo una nueva emoción.

Poco importaba lo que estaba pensando.

Lo importante estaba allí.

Peter Neal y Joe Keer me habían mentido miserablemente.

* * *

Invité a Serena a cenar. Fuimos a La Coquille, La Concha, un restaurante francés de primera categoría situado en un lugar tranquilo de la gran ciudad.

Aunque la tristeza no había desaparecido por completo del rostro de la muchacha, la encontré muchísimo más normal. Francamente hablando, sin hipocresía, la encontré mucho más bonita.

Mientras ella tomaba un Martini y yo un jugo de naranja, le expliqué detenidamente todo lo que había hecho en aquel tiempo desde que la había dejado por última vez. Le hablé de mi entrevista con los muchachos de Boston, de las fotos encontradas en la casa de Pool y, evidentemente, que había algo en aquel enredo que no encajaba en modo alguno.

—¿Por qué cree usted que mintieron?

Me encogí de hombros.

—Desgraciadamente, señorita Sperry…

Hizo un gesto con la mano.

—¿No cree que podríamos llamarnos por nuestros nombres, Ward?

—Encantado.

—¿Y si nos tuteásemos?

—¡A tus órdenes! —exclamé entusiasmado.

No sé, lo confieso, si por aquel tiempo pensaba yo en Serena Sperry como mujer. Es muy posible que en el fondo de mi inconsciente estuviesen trabajando los demonios de eso que la gente llama el amor. Pero, por el momento, estaba completamente absorto en el problema que me había planteado. Aunque, para decir la verdad, me encontraba maravillosamente bien al lado de aquella muchacha, que sin ser una preciosidad, poseía un rostro agradable y una profunda humanidad además de una clara y limpia inteligencia.

—Había algo confuso en los chicos del Boston —le dije—. Estaban, al principio, muy nerviosos. Desde luego, nadie les había preparado y dijeron lo que tenían que decir. Y eso es lo verdaderamente importante, Serena. Qué, seguramente, sin darse cuenta, cometieron un grave error.

—¿Te refieres a su posición en el momento del choque?

—A eso me refiero. Fue una jugada muy importante, de la que ningún jugador olvida ninguna clase de detalle. El que invirtieran los puestos, como me dijeron, debe tener su intríngulis. Me gustaría mucho saber por qué lo hicieron.

—A mí también.

—De todos modos, con los datos que hemos ido recogiendo, podemos empezar a sospechar que algo raro ocurrió en aquel partido. Aunque lo más importante, amiga mía, queda por hacer.

—¿De qué se trata?

—De la visita que pienso hacer mañana por la mañana al doctor Russel.

—¿El médico del equipo?

—El mismo. Quiero que me explique, con todo detalle, qué clase de «enfermedad» padecía el pobre Edwin. Como responsable médico de ese equipo y si tal dolencia existía, va a tener que explicarme, y me lo explicará, cómo permitió que Doyle saliese al campo.

—Tienes razón.

—El rugby, más que ningún deporte del mundo, exige un cuidado especial en cuanto al estado físico de los jugadores. Cualquier lesión, por pequeña que sea, y no hablemos ya de lesiones de corazón o de algo tan importante como eso, prohíbe por completo la intervención en un juego tan violento. Puedes estar segura de que llegaremos hasta el fondo del asunto.

—Eres muy bueno.

Sonreí.

No eran las palabras que yo esperaba. En aquellos momentos, cualquier otra cosa hubiera prohibido que los demonios de mi inconsciente empezaran a agitarse más de lo conveniente. La miré, comprendiendo que empezaba a atraerme de una manera un tanto singular. Pero no soy tan estúpido como para ignorar que no se puede hacer la corte a una muchacha que acaba de perder a lo que más amaba en su vida. Si es verdad, y lo era, que estaba empezando

a enamorarme de ella, tendría que tener paciencia, muchísima paciencia, además, no me parecía sencillo, conseguir demostrar que algo sucio había ocurrido en el encuentro entre los Águilas de California y los Halcones de Boston. Tenía la seguridad, eso sí, de poder descubrir algo anormal. Pero no se trataba solamente de eso. Tenía que demostrarlo de manera clara para poder actuar contra el criminal o los criminales que habían preparado aquella trampa mortal.

Y mientras no lo hiciera, me había prometido a mí mismo, jamás manifestaría a Serena los sentimientos que ahora acababa de descubrir en mi interior.

Pasé una velada admirable.

Olvidando momentáneamente el asunto que nos interesaba, hablamos de otras cosas.

Ella estaba entusiasmada con sus estudios que pensaba reanudar a la semana siguiente. Era, me dijo, la única forma de poder intentar olvidar, aunque estaba segura de que jamás lo conseguiría.

—Eres muy joven.

Sonrió tristemente.

—Te extrañaría ver lo vieja que soy —dijo—. Si pudieses mirar en mi interior, te asustarías. He perdido casi la total ilusión en la vida. Si no fuera por mis estudios, creo que habría cometido un disparate.

—¡No digas eso!

—La verdad es que Edwin era un hombre maravilloso.

—No lo dudo.

—El haber dejado el atletismo para entrar en el rugby estaba motivado por algo que todavía no te he contado.

—¿El qué?

—El padre de Edwin tenía un pequeño negocio en el sur de California. Las cosas le habían ido bastante bien. Pero, de repente, un gran almacén se instaló en las proximidades de su tienda y los clientes dejaron de visitar su establecimiento, amenazándole la ruina.

—No lo sabía.

—Precisamente por eso, para ayudar a su padre a montar otro negocio, él, además de seguir estudiando, se decidió a formar parte de Águilas de California.

Seguía enamorada de él. No me causó contrariedad alguna ya que sé que una mujer cuando ama de verdad, lo hace como lo estaba haciendo Serena. Guardar el recuerdo amoroso de un muerto, es algo lógico y muy humano. Por otra parte, cuando se posee una capacidad de amor como la suya, hay que esperar, y yo lo esperaba personalmente, que algún día me tocase una parte de aquella gran cantidad de cariño que encerraba el corazón de la muchacha.

Todo era cuestión de paciencia.

La acompañé a su casa y ella, en el momento de despedirse, avanzó hacia mí, besándome en ambas mejillas. Era una prueba de amistad, pero me emocionó profundamente. Era evidente que me consideraba como un amigo, quizá como el mejor amigo que tenía en aquellos instantes. Y aquello, como decimos en deporte, facilitaba el despliegue de mi juego.

Porque, mientras volvía a mi coche, saludándola con la mano al tiempo que ella penetraba en su casa, me percaté de que, por muchos cuidados que yo hubiese tomado hasta entonces, me había enamorado como un verdadero becerro.

* * *

Conocía al doctor Russel de vista. Es un hombre delgado, bajito, una persona diminuta y nerviosa, con los ojos saltones, y un cabello que empieza a tornarse blanco en las sienes.

Pero, en el fondo, una persona bastante buena.

De todas formas no me recibió con demasiada afectividad. Leí enseguida en sus ojos, que aquella entrevista no iba a ser nada agradable para él.

Pero cortésmente me condujo a su despacho, ofreciéndome un cómodo asiento frente a la mesa que él ocupaba.

Antes de que yo pudiera hablar, adivinando lo que yo llevaba en mente, me dijo con un tono de voz bastante triste:

—Creí que la publicidad del caso Doyle había terminado, afortunadamente.

—Y ha terminado —le dije—. No se equivoque usted, doctor, la única cosa que me interesa ahora es conocer con detalles la afección cardíaca que, según me he enterado padecía el jugador del Águilas

de California.

Se puso mortalmente pálido.

—No era nada excesivamente grave —se apresuró a decir—. Al examinarle noté un pequeño soplo mitral, como decimos los médicos. Como le estaba diciendo, aunque le previne para que tuviera cuidado, no era nada que pudiera impedir que jugara en aquel encuentro. Desgraciadamente, el choque fue demasiado violento o... mi diagnóstico no llegó a ser lo bastante concreto como para suponer el peligro que iba a correr durante el encuentro.

—Entiendo.

—Fue un asunto desgraciado.

Noté que estaba nervioso, demasiado nervioso como para que estuviera diciéndome la verdad.

Insistí:

—Estoy de acuerdo con usted, doctor. Pero me gustaría, me interesaría, examinar los documentos cuyas copias envió usted al doctor Playford, médico de la Federación de Rugby de California.

Lanzó un profundo suspiro.

—Lo lamento. No le envié las copias, sino los originales. Era un corto informe, manifestando la dolencia de Edwin Doyle. Como acabo de decirle, se trataba de una cosa que no tenía mucha importancia.

Se me estaba escabullendo como un pez. Pero yo no podía exigirle nada más. Sí, como había dicho, había enviado los originales, olvidando guardar copias en sus propios archivos, demostraba ser muy poco precavido.

Desgraciadamente, hay gente, a montones, que es muy descuidada. De todas maneras, las manifestaciones del doctor Russel no eran, en absoluto, convincentes.

Viendo que no podía sacar nada más de allí, le agradecí sinceramente el haberme recibido, saliendo pocos momentos después a la calle.

Estaba hecho un lío.

Teniendo la completa seguridad de que Russel me había mentido no podía demostrar que lo había hecho.

Ahí estaba el problema.

Tenía que investigar de alguna manera.

Y yo soy periodista, no detective privado.

¡Detective privado!

Fue como si media docena de lámparas de neón se acabaran de encender en mi tenebroso cerebro.

Puse el coche en marcha, dirigiéndome hacia la parte baja de la ciudad, en busca de un viejo amigo, al que hacía muchísimo tiempo que no veía, pero que consideraba capaz de encontrar la aguja en el pajar que yo estaba buscando.

Y así fue como, veinte minutos después, tras luchar con un tráfico terrible, detenía mi vehículo ante un edificio de dos plantas, muy viejo y con la fachada desconchada, donde vivía mi buen amigo, el investigador privado, Harry Menson.

Harry y yo nos conocemos hace veinte años.

Es una persona inteligente, pero fracasó en la universidad. Y no por no estar a la altura de los demás. Muy al contrario. Lo que ocurrió es que Harry llevaba ya en la sangre, desde muy pequeño, el deseo de ser policía. Y fue eso, precisamente lo que le perdió.

Sin que nadie le dijera nada, se puso a investigar la vida privada de algunos profesores de la universidad. Y digo privada, no en el sentido familiar, sino en el extrafamiliar.

Así descubrió mi buen amigo Menson que un par de severos catedráticos frecuentaban en una ciudad vecina a la nuestra, y lo que era peor en compañíá de algunas de las alumnas, un lugar nada recomendable. El resultado fue catastrófico para él.

Al descubrirse el asunto, ninguno de los profesores le quiso en su clase. Y, ante tan rotunda mayoría, Harry Menson tuvo que abandonar la universidad.

No cometió, como muchos esperaban, el error de dirigirse a otro centro académico de California, pues los profesores afectados por su «investigación» habían dado la voz de alarma, lo que quería decir que el pobre Harry no hubiera podido estudiar en ningún centro del estado.

Harry es un hombre alto, muy delgado, con una prominente nariz y unos labios gruesos.

Cuando alguien le dice que no es atractivo se echa a reír contestando que para ser un buen policía, oficial o no, se ha de tener forzosamente, cara de perro de presa.

Y en esto, su madre y su padre, acertaron por completo.

Pero, fuera de su aspecto facial, un tanto canino, Harry es un

hombre muy inteligente, tremendamente astuto y capaz de investigar lo que sea, siempre que la cosa valga la pena desde el punto de vista económico.

Me recibió, como siempre, calurosamente, haciéndome sentar frente a la enorme mesa de despacho abarrotada de papeles, en la que se veía claramente el típico desorden debido al intenso trabajo.

Ni a Harry ni a mí nos gusta perder el tiempo; por esa razón, después de los saludos de rigor, le conté lo ocurrido, sin darle mi parecer, sin ofrecerle mi opinión particular. Es decir, le conté escuetamente los hechos y as pequeñas investigaciones que había hecho por mi cuenta.

Sonriente, me dijo:

—Has trabajado como un verdadero detective particular. Has llevado tan bien tu investigación, que me pregunto por qué has venido a verme.

—No digas idioteces. Lo que quiero es que me des tu opinión, antes de encargarte del asunto.

Reflexionó unos instantes.

—Siguiendo la cronología de los hechos —dijo—, tenemos una serie de conceptos que empiezan con la muerte del jugador Edwin Doyle y de la claridad con que creíste ver el temor en los ojos de su novia. Tu intuición no cuenta, por lo menos para mí.

Hizo una pequeña pausa poniendo sus codos sobre la mesa.

—El segundo hecho —continuó, mirándome—, es la investigación que hiciste, tanto al hablar con el doctor Playford como con los jugadores del otro equipo, los «agresores» de Doyle y, finalmente, la visita que has hecho al doctor de los Águilas de California, Russel. ¿Es eso todo?

—Sí.

—Empecemos por tu visita al docto Playford, el hombre que te dice que Doyle padecía de una afección cardiaca y que ha recibido un informe médico del doctor del equipo. Pero ni te enseña los documentos, ni te da razones concretas, ni contesta a tus preguntas tal y como tú querías. ¿No es verdad?

—Sí.

—Eso, automáticamente, le convierte en un presunto sospechoso.

—Tienes razón.

—Sigamos con tu segunda entrevista.

—Después hablé con los muchachos del Boston.

—Sí. Y que se mostraron reacios al principio, pero después, afablemente, te explican con todo detalle, la jugada que realizaron para interceptar al «tres cuartos» Edwin Doyle. Tú te muestras satisfecho, aunque más tarde compruebas por las fotografías obtenidas por Pool, el verdadero desarrollo de la jugada. Dándote cuenta de que las cosas no son tal y como te las contaron los muchachos del Boston. ¿Estoy en lo cierto?

—Absolutamente.

Mi amigo sonrió al tiempo que se acomodaba en su asiento.

—La actitud de esos dos jugadores... Peter y Joe... les coloca, con el mismo automatismo que al anterior, en la lista de presuntos sospechosos.

—Bien, pasemos a la siguiente entrevista.

—Sí. Tu última visita. La del doctor Russel. En ese caso, ese buen hombre te dice que no ha guardado copia de los documentos enviados al doctor Playford y, además, tu singular olfato te hace oler algo raro en su actitud, como si estuviera ocultando alguna cosa. ¿No es eso?

—Sí. Estoy completamente seguro.

—Luego tenemos otro presunto sospechoso con el agravante, o ventaja, de su miedo. Porque de todas las personas que entrevistaste, fue el doctor Russel el que te pareció más asustado.

—Lo estaba.

—Perfectamente.

Harry guardó un largo silencio, y yo le imité.

Lo que me había desencantado un poco era la cantidad de sospechosos.

Si al menos, hubiera sido uno solo...

Pero era evidente que Menson tenía razón y que todas aquellas personas con las que yo había hablado, tenían algo que ocultar.

Al ver que el tiempo pasaba y que Menson no despegaba los labios, le pregunté:

—¿Qué piensas de todo esto? ¿Quieres encargarte del caso?

Alzó su mirada hacia mí.

—Si me pagas bien, lo haré.

—Tú mismo di el precio.

—Ahora no necesitamos hablar de dinero —sonrió—. Voy a empezar a trabajar mañana mismo y solamente voy a decirte que voy a empezar a atacar el punto más débil: el doctor Russel.

Yo no podía decirle, en modo alguno, que también tenía mi propio plan. Si se lo hubiese explicado, se habría puesto a gritar como un loco. Porque, en realidad, mi plan tenía más de locura que de cordura.

Pero algo me decía en mi interior que, a pesar de las dotes de investigación de Menson, y de los resultados que sin duda alguna iba a obtener, el descubrimiento final de la verdad tenía que hacerse «sobre el terreno».

Y eso era precisamente lo que yo me disponía a hacer.

Me despedí de Menson, quien quedó en comunicarme por escrito todo lo que fuera descubriendo. Y abandonando el ruidoso edificio, cogí el coche dirigiéndome hacia el centro de la ciudad.

Tenía la intención de ir directamente a mi apartamento, tomar una ducha y echarme en la cama, y con los ojos bien abiertos pensar si la decisión que iba a tomar podía convertirse en realidad palpable.

CAPÍTULO IV

Paul Moser seguía siendo el entrenador de los Águilas de California. Acercarme a él para proponerle lo que me rondaba por la cabeza hubiese sido una verdadera locura.

Un entrenador de un equipo tan importante como el de los Águilas de California es una especie de «jefazo», engreído y orgulloso, que no recibe a la gente así como así.

El día anterior, en mi piso, tras haber descolgado el teléfono, estuve reflexionando, hora tras hora, calculando los pros y contras, percatándome una vez más de que mi plan era absolutamente descabellado pero que, al mismo tiempo, era el único camino que podía conducirme a la verdad.

Una verdad que deseaba servir, en bandeja, a Serena Sperry.

Eché cuentas, repasé con mucho cuidado la cantidad de dinero que había conseguido colocar en mi cuenta bancaria.

Me imaginé la cara que iba a poner Glen State cuando recibiese mi dimisión.

Pensé en los próximos meses, en los que tendría que tener muchísimo cuidado con el dinero haciendo economías y, al mismo tiempo, eso era lo más importante, cambiando el ritmo de mi vida por completo.

Era, así me parecía al menos, como sí, estuviese preparando mi propio testamento.

Pero no hay que ponerse tan trágicos. A la mañana siguiente, tras enviar la carta con mi dimisión al periódico, me fui al estadio olímpico de Los Ángeles, preguntando por Charles Tumigan.

Cuando Charles me vio, a pesar de que hacía algunos años que no me había puesto la vista encima, me reconoció enseguida.

Era un hombre que frisaba la cincuentena, pero que guardaba aún la fortaleza de un verdadero atleta.

Encantado de verme, me llevó a un sitio tranquilo donde pudimos sentarnos, en un bar del estadio, bebiendo sendos vasos de limonada.

—¿Cómo te ha ido la vida, muchacho?

Le relaté rápidamente mi carrera periodística y sin darle demasiadas explicaciones le dije que había reunido suficiente dinero como para vivir un año sin trabajar y que, empujado por una especie de demonio interior, deseaba volver a entrenarme.

Él recordaba perfectamente las buenas marcas que yo había obtenido en los 400 metros lisos.

La verdad, sin falsa modestia, es que fui uno de sus corredores preferidos.

Pero cuando le dije que iba a volver al deporte, me examinó con cuidado, como si me estuviera viendo desnudo, calculando y sopesando las posibilidades, con una precisión que me hizo pensar que estaba midiendo la resistencia de cada uno de mis músculos, la velocidad de mis reflejos, el funcionamiento de mis pulmones y el ritmo de aceleración que mi corazón podría soportar.

—Va a ser muy duro, Ward —me dijo después de aquel detenido examen.

—¿Sí?

—Has de perder kilos y, sobre todo, desprenderte de la mentalidad que has tenido en estos últimos años.

—Estoy dispuesto.

—Como yo, sabes que el atleta es una criatura sacrificada, dispuesta a abandonar todo lo que a los demás les gusta con tal de conseguir su objetivo.

—Lo sé.

—Lo de los kilos, será bastante sencillo. Si empezamos enseguida.

—Será inmediatamente —repuse.

—Entonces, dentro de un par de semanas, tendrás el peso idóneo para hacer lo que deseas. Lo que más me preocupa, te repito, es que puedas conseguir olvidar la vida que has llevado durante este tiempo, volviendo a tener la mentalidad de un hombre que ama verdaderamente el deporte.

—Nunca lo he dejado de amar.

—Eso es lo que se dice. Conozco a mucha gente que ha hecho deporte, que eran unos excelentes plusmarquistas, que ahora siguen amándolo… desde los graderíos de los estadios, cómodamente sentados, hinchándose a hamburguesas mientras que los demás se

parten el pecho en el terreno de juego.

Sonreí.

—Eso no me ocurrirá a mí.

—Así lo espero.

Quedamos en que nos veríamos al día siguiente y después de estrechar aquella cálida mano, salí del estadio, profundamente emocionado, como si tuviera muchos años menos y me encontrase en la misma situación que la primera vez que penetré en aquel recinto, temblando de pies a cabeza, pensando horrorizado en el ridículo que iba a hacer al lado de los atletas consumados que tenía ante mis ojos.

Tenía que ver a Serena, y lo peor de todo era que iba a verla por última vez. Bueno, no exageremos, la palabra «última» me hizo daño. De todos modos, la realidad era que iba a estar bastante tiempo sin verla. Era parte del sacrificio que me imponía el plan que deseaba llevar a buen término.

Conociéndome como me conozco, estaba seguro de que la presencia de la muchacha, incluso si la veía una vez por semana, iba a «frenar» mis impulsos.

No se puede estar enamorado y en presencia de la persona amada, si al mismo tiempo se tiene que llevar a cabo una misión difícil, de las que exigen toda la concentración, de las que piden una absoluta y completa dedicación.

La invité a cenar en un lugar llamado La Cacatúa.

Era un sitio alegre, como convenía a una despedida.

Nunca me han gustado las lágrimas que se vierten al decir adiós a una persona, y como iba a dejar de verla, lo mejor era pasarlo «bomba» la última noche que iba a estar en su compañía.

Tras aceptar mi invitación por teléfono, fui a recogerla a su casa y la vi más radiante y hermosa que nunca.

Comprendí entonces, mientras iba sentada en mi coche, que había hecho muy bien al decidirme en no verla hasta que todo hubiera concluido.

Yo sabía perfectamente que aquella decisión mía podría acarrear graves inconvenientes, que incluso podría llegar a arrancar de mi lado a aquella mujer que, lo confieso, empezaba a interesarme de veras.

No existía nada serio entre nosotros.

Tampoco nos habíamos comprometido a nada. Por lo tanto, si la dejaba ahora en absoluta libertad, para no volver a verla hasta dentro de muchos, muchísimos meses, corría el riesgo, cosa completamente natural, de que volviera a enamorarse y de que cuando yo hubiera terminado mi labor, estuviese seriamente comprometida o incluso casada con algún memo.

Pero era un riesgo que tenía, que correr.

Durante la cena, que yo había escogido cuidadosamente, charlamos de muchísimas cosas, procurando, de mutuo acuerdo, de forma tácita, no hablar de Doyle ni del desgraciado accidente que había causado su muerte.

Tuve, que inventar una historia, contándole que el periódico me enviaba a Europa para hacer una serie de interviús a grandes Figuras del deporte europeo.

Me dejé llevar por el entusiasmo, hablándole de ciudades como París, Londres y Berlín, de forma a que apareciese antes sus ojos como un hombre encantado de volver a hacer un viaje en el que el placer y el trabajo marchasen de la mano.

—Me alegro mucho por ti —me dijo sonriéndome—. Es algo verdaderamente envidiable.

—No está mal —repuse evasivamente.

—Espero que me escribirás de vez en cuando.

¡No había caído en eso!

Pero no era nada difícil hacerlo. Tengo amigos en toda Europa y aunque mis cartas tardasen un poco más, podría enviárselas a ellos, en sobre cerrado, haciendo ver a Serena que me encontraba en aquellas ciudades a las cuales no iba a ir.

—Tendrás una carta mía cada semana, Serena —le dije—. Y te aseguro que me harán mucho bien.

—Cuento con ellas.

Noté, a pesar de nuestros buenos y mutuos propósitos, que nos estábamos poniendo tristes.

Como la orquesta tocaba en aquellos momentos una de esas piezas encantadoras, un *fox* lento y dulzón, me jugué el todo por el todo invitándola a bailar.

Aceptó encantada.

Era la primera vez que la tenía en mis brazos.

Experimenté una sensación tan dulce que, muy a pesar mío, por

poco envío a paseo mi hermoso plan, percatándome claramente de que estaba mucho más enamorado de ella de lo que yo mismo creía.

Pasé unos instantes maravillosos.

Luego, más tarde, mientras la acompañaba a su casa, circulando a velocidad moderada bajo el hermoso cielo estrellado de California, me dije que era un terrible estúpido y que después de todo, la muerte de Doyle era algo que había pasado ya casi al olvido, y que lo mejor que hubiera podido hacer era quedarme oficialmente en Los Ángeles, seguir saliendo con ella, declararme cualquier día y presentarme una mañana a sus padres, con la licencia matrimonial en el bolsillo.

Cuando, tras bajar del coche, nos detuvimos bajo el porche de la casa, nos contemplamos largamente, en silencio.

—Te voy a echar mucho de menos —me dijo.

El corazón se me encogió.

—Yo también te echaré de menos, Serena. Pero antes de irme, quisiera que me permitieras decirte algo.

—Hazlo.

—No sé si tengo derecho a hablar así —dije, sintiendo que mi voz estaba cargada de emoción—. Es todavía muy pronto, a mi modo de ver, para que yo pueda expresar unos sentimientos que son, por lo menos, sinceros. Tampoco creo que tenga derecho a decirte esto, justo en el momento en que voy a ausentarme del país. Pero de todos modos, no tengo más remedio que decirte que estoy enamorado de ti.

Me miró intensamente.

—Yo también te quiero, Ward —dijo al cabo de un tiempo que me pareció infinito—. Pero no debemos hacer planes concretos, al menos por el momento; esperaremos a que regreses, ¿quieres?

—Desde luego.

Entonces, inclinándose hacia mí, me ofreció sus labios.

Nos besamos larga, apasionadamente. Cuando creía que aquel infinito placer no iba a acabarse nunca, oí la puerta que se cerraba y me percaté de que estaba solo.

De nuevo volvieron a flaquear mis fuerzas.

Pero, en aquel momento, mientras me dirigía a mi coche, me pareció sentir la invisible presencia de Edwin Doyle. No estaba enfadado porque cortejase a su novia. Pero, al recordar que la vida

de aquel muchacho había sido, en cierto modo, muy parecida a la mía, sentí la rabia de que alguien, verdaderamente malvado, la hubiera truncado en el momento más hermoso, cuando no solo era una gran figura en el rugby del país, sino que además iba a casarse con la mujer más extraordinaria que yo había conocido jamás.

Fue una visión leal, llena de generosidad. Y como si verdaderamente estuviese él presente, mientras me acomodaba en mi coche, juré no cejar, no ahorrar esfuerzo alguno hasta descubrir por qué un hombre como Edwin Doyle había sido asesinado.

Porque, en aquellos momentos, mientras me dirigía a mi apartamento, estaba más seguro que nunca de que lo que había ocurrido en el último encuentro entre el California y los de Boston, había sido eso: «un asesinato».

* * *

Si no hubiera sido por la paciencia increíble de Charles Tumigan hubiera tenido que abandonar el estadio al día siguiente de mi llegada.

Y es que la impaciencia me quemaba, quería quemar etapas, avanzar más velozmente de lo que la más elemental lógica me imponía.

Pero allí estaba Charles, gritando como un energúmeno, frenándome como a un caballo desbocado, obligándome a seguir una norma de ejercicios progresivamente incrementada, sin dejarme dar un paso más de los que convenían.

No me permitió correr, en absoluto, limitándose a seguirme a paso gimnástico, durante un corto tiempo. Después nos deteníamos. Volvíamos a empezar. Duchas, ejercicios respiratorios, masajes, se sucedían a una cadencia formidable.

Vigilaba mi peso, la tonicidad de los músculos de mis piernas, mi capacidad respiratoria, la respuesta de mi corazón a la aceleración progresiva en las cortas carreras que permitía que hiciera... era, eso ya lo sabía yo desde el principio, un entrenador de verdad.

Y pasaron las semanas.

Poco a poco, sin apenas percatarse de ello, fui volviendo a encontrar en mi cuerpo aquellos maravillosos resortes que casi

había olvidado. Mis músculos funcionaban con una perfección cada vez mayor. Y mi mente, sobre todo mi entusiasmo, acompañaban a cada esfuerzo muscular, a cada zancada, como si mi cerebro pudiese controlar de forma automática la reacción de cada uno de los músculos de mi cuerpo.

Del paso gimnástico, pasé a la carrera.

Al principio, no me permitió correr más que cien metros y sin dar todo de sí. Me vigilaba estrechamente.

Estaba satisfecho, pero no lo demostraba.

Como en los viejos tiempos, era gruñón, impetuoso, echándome bronca tras bronca, riñéndome, pero sonriéndome a veces, dándome palmaditas en el hombro, ayudándome a soportar el penoso y rapidísimo entrenamiento a que me estaba sometiendo.

Cuando, finalmente, me permitió correr mis primeros cuatrocientos metros, conseguí una marca verdaderamente ridícula.

Volvió a reñirme.

—Te falta técnica, Ward —me dijo—. Y hay algo que me preocupa muchísimo. Tu impaciencia.

Se echó la mano al mentón.

—Yo no sé exactamente lo que te propones. Aunque imagino que es algo que no quieres explicarme. No me importa. Lo que quiero es que corras sin pensar en nada, olvidándote por completo de todo lo que te rodea, sin ninguna clase de preocupación.

»Tu cerebro debe seguir una mecánica perfecta, aplicada al movimiento de tus piernas, ¿me entiendes?

—Sí.

Cumpliendo con lo que había prometido a Serena, escribía una larga carta semanal, enviándola a uno de mis amigos, en una ciudad europea, en la que se suponía que estaba, recibiendo respuesta, con cierto retraso, pero llenas de aquellas cálidas palabras que solo Serena sabía escribir.

Cuando pensaba en que me hubiera bastado coger el coche y recorrer en quince minutos la distancia que me separaba de ella, me ponía enfermo.

Pero, al mismo tiempo, echado en mi lecho, con los ojos abiertos y mirando el techo, recordaba las palabras de mi entrenador y haciendo un supremo esfuerzo vaciaba de mi mente todos los sentimientos que hubieran terminado por hacer mella en la armonía

que entre cuerpo y alma me exigía Charles Tumigan.

Por otra parte, al descubrir de nuevo mis facultades deportivas, experimentaba una sensación de placer, de dominio de mí mismo que me tenía embelesado.

Nadie puede comprender lo que es un estadio, lo que es una carrera, si no se ha lanzado sobre la pista, con los ojos medio cerrados, controlando la respiración, haciendo que cada músculo funcione como la biela de una máquina bien engrasada.

Solo así, al ver volar el terreno bajo los pies, se da uno cuenta de lo que el cuerpo humano es capaz de realizar.

Fui haciendo caer, una tras otra, mis insuficientes marcas en los cuatrocientos metros.

Al cabo de once semanas, tras un trabajo ímprobo, un sacrificio continuo, conseguí llegar a aquella cifra que había sido la mía, años antes, batiendo en la siguiente semana mi propio récord.

No me habían pasado inadvertidas las visitas que, de vez en cuando, el entrenador de los Águilas de California, Paul Moser, hacia el estadio.

Para él, para Moser, el estadio había sido siempre una maravillosa cantera donde había encontrado a más de un jugador que ahora formaba parte de las filas de su equipo.

Solía sentarse en la primera fila, examinando con ojo perspicaz a cada atleta, analizándolo como una sustancia química en un tubo de ensayo.

Yo no sabía si se había fijado en mí.

Pero cada vez que se hallaba presente, corría como nunca, asombrando al mismo Tumigan que se alegraba infinito de mis constantes avances.

La impaciencia me mordía, a veces, esperando que Moser se fijase en mí.

Pero no hice nada por atraer su atención, fuera de llevar a cabo mis carreras, cada vez a mayor velocidad y con una seguridad creciente.

Hasta que llegó el día.

Acababa yo de realizar una buenísima marca cuando, al volver a paso gimnástico hacia mi entrenador, vi que Paul Moser estaba a su lado.

Tuve que refrenar mi alegría, impidiendo que mi rostro

expresase todo el gozo que estaba experimentando.

—Voy a presentarte al señor Moser —dijo Charles—. Es el entrenador de los Águilas de California.

—Encantado —me limité a decir con una cierta frialdad.

Moser me miró de arriba abajo.

—Me gustaría hacer una prueba contigo, muchacho —me dijo—. Algo sin trascendencia. ¿Podrías venir, con tu entrenador, uno de estos días?

No contesté, mirando a Tumigan que era quien tenía que tomar la decisión.

Charles hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Con mucho gusto, señor Moser. ¿Cuándo desea usted que vayamos?

—Pasado mañana.

—De acuerdo.

Y Moser se alejó, no sin echarme una nueva mirada de inspección. Entonces, Tumigan me miró con fijeza.

—No me gustaría que jugases al rugby, muchacho.

Su rostro se ensombreció.

—¿Has olvidado lo que le ocurrió a Doyle?

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—No lo sé. Nunca me ha gustado el rugby. Es algo que no tiene que ver nada con el atletismo. Demasiado bestial...

No podía confesar a Tumigan cuáles eran mis verdaderas intenciones. Pero, como él, también consideraba yo que había algo bestial en aquel deporte, pero únicamente cuando alguien tenía la intención de matar a un jugador.

CAPÍTULO V

Hubiera sido un sueño imaginar que los chicos del Águilas iban a recibirme con los brazos abiertos.

Conozco lo suficiente los ambientes deportivos como para saber que, en muchas ocasiones, todos esos abrazos que se dan los jugadores, esas muestras de entusiástica amistad, no ocultan más que ese bajo producto que es como una secreción de la maldad humana y que se llama envidia.

En un equipo de rugby, como en todos los equipos de todos los deportes del mundo, la envidia es dueña y señora.

Y no es que se trate de un sentimiento lleno de bajeza u odioso es, sencillamente, envidia. A veces, simpática y otras antipática. Eso es todo.

Cuando llegué al campo de los Ángeles de California, el equipo estaba entrenándose.

Mientras yo iba acercándome al lugar donde se encontraba el entrenador, fuera del campo, observé que se estaba estudiando una nueva táctica, lanzando tres delanteros para proteger al «tres cuartos» que era quien debía efectuar lo más importante de la jugada, el avance hacia el campo contrario para conseguir un «ensayo» o, en el mejor de los casos, un gol.

Otro grupo de jugadores, a la izquierda del campo, estaba ensayando la manera correcta de hacer una melé.

—Buenos días, señor Moser.

Se volvió hacia mí, mirándome de arriba a abajo.

—Buenos días. Llegas con retraso.

—El tráfico...

—No te acostumbres al retraso, muchacho. Es mala cosa. Exijo una absoluta puntualidad.

—Perdone.

—No es nada. Anda, ve a los vestuarios y ponte un equipo adecuado a tu estatura.

—De acuerdo.

Cinco minutos más tarde, con todo el equipo encima, incluso el casco, moviéndome con una cierta torpeza, me acercaba de nuevo al entrenador.

Al verme llegar, tocó el silbato, haciendo que los jugadores, los que estaban desplegados en el campo, se acercasen a nosotros.

—Este es Ward Tobbot —dijo señalándome.

Sonreí.

—Vamos a hacer que siga la táctica que estamos estudiando. Jugará naturalmente el papel de «tres cuartos», que ahora hace Walter.

Se volvió hacia mí, haciéndome un montón de preguntas para saber lo que yo conocía del rugby. La verdad es que, como periodista, sabía muchísimo más que él. Y hubiera podido recitarle el reglamento de memoria.

—Está bien —dijo.

Naturalmente, acababa de contestar todo correctamente.

Parecía satisfecho y añadió:

—Uno de estos va a pasarte el balón. Quiero que vayas directamente a la línea de meta, burlando a los tres delanteros que van a oponerse a tu marcha. Si te encuentras en peligro, puedes intentar conseguir un bote pronto para transformarlo en tanto, lo que quiero saber es cómo corres y si eres capaz de hacer un ensayo cuando conseguir puntos de otra manera es imposible. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—¡Pues, adelante!

Yo ya sabía que no es lo mismo correr con la ropa ligera de un atleta a hacerlo con aquella especie de armadura que llevaba encima.

Parecía que iba dentro de una camisa de fuerza o, recordando mis tiempos de chico, con una de aquellos sacos con los que hacíamos carreras por la calle.

Me puse en posición.

Al sonar el silbato, empecé a correr hacia el campo contrario, sin balón, naturalmente, pendiente del jugador que lo llevaba y que, como había dicho el entrenador, iba a pasármelo de un momento a otro.

Al mismo tiempo, de reojo, miré a los tres enormes delanteros que formaban ante mí, aunque todavía bastante lejos, una barrera

de carne y músculos difícil de atravesar.

Me pasaron el balón, con él atrapado contra mi cuerpo, empecé a correr dirigiéndome directamente hacia los delanteros que jugaban el papel de contrarios.

Yo no estaba, de manera alguna, dispuesto a seguir al pie de la letra las estúpidas instrucciones del entrenador.

No me hacía gracia chocar con aquellos tres energúmenos y, además, había estado estudiando en mi casa una nueva táctica que, si podía llevarla a cabo, llamaría la atención.

Todo iba a depender, sin embargo, de mi propia velocidad. Me lancé como una flecha hacia los delanteros que, ya se preparaban a cortarme el paso. Pero, en el último instante, unos ocho o nueve metros antes de llegar a su altura, cambié de rumbo, dirigiéndome hacia la derecha, al tiempo que apretaba al máximo, corriendo a una velocidad verdaderamente fantástica.

Sorprendidos, los delanteros, me siguieron, también a toda velocidad, intentando blocarme.

Uno de ellos se lanzó a mis pies. En el último segundo, di un salto y evité que sus manos se aferraran a mis tobillos.

Seguí corriendo.

Antes de que se hubieran dado cuenta, estaba en la línea de meta y, dejándome caer con blandura, coloqué el balón en el sitio reglamentario.

Acababa de realizar un «ensayo», lo que representaba, para mi equipo, tres hermosos puntos.

No tuve tiempo de congratularme ya que el silbato insistente del entrenador me llamaba a la línea de fuera.

—¿Por qué diablos no has seguido mis instrucciones? —me gritó en cuanto estuve a su lado.

Le miré con fijeza:

—He conseguido el «ensayo», ¿no?

—Me importa un bledo. En realidad, con la maniobra que has hecho podrías haber lanzado un golpe de «bote pronto» y haber obtenido un punto más.

—Habíamos quedado, señor Moser, en que lo que usted quería era que consiguiese un «ensayo».

Lanzó un bufido.

—Está bien. Vuelve a tu puesto. Vamos a repetir la jugada.

No me di cuenta de que los delanteros, cinco esta vez, se quedaban a su lado.

Tranquilamente, volví a mi puesto, esperando que los delanteros se desplegasen y luego, al sonar el silbato eché a correr.

Las cosas, en un principio, ocurrieron como en la vez anterior.

Me pasaron el balón, corrí hacia los tres delanteros, que como siempre, formaban una barrera ante mí.

Esta vez, en el último instante, en vez de cambiar de sentido hacia un lado, lo hice hacia el otro, acercándome a la línea de fuera.

Si el entrenador creía poder engañarme, estaba listo.

Pero el engañado fui yo.

Porque, apenas había sobrepasado la línea de los tres delanteros, cuando, al acercarme a la meta, vi otros dos delante de mí, altos como castillos, dispuestos a hacerme pedazos si intentaba pasar entre ellos. Entonces, sin poderlo evitar, recordé a Edwin Doyle.

Me imaginé lo que había experimentado en un instante como el que yo estaba viviendo y me pregunté, una vez más, como de un choque, como tantos y tantos se dan en el rugby, podía haber encontrado la muerte.

Estaba demasiado cerca de los dos delanteros como para intentar chutar de bote pronto. Por lo tanto, no me quedaba más remedio que burlarme de ellos o caer en sus garras.

Volvía a cambiar de dirección pero, en aquel instante, uno de los delanteros, con una precisión formidable, se lanzó a mis pies, haciendo que mordiera el polvo.

La cosa no era tan sencilla como yo había creído.

Sin embargo, al final de aquella mañana de entrenamiento, no estaba demasiado descontento conmigo mismo.

Había conseguido cinco «ensayos» y había marcado de bote pronto dos veces. No estaba mal del todo.

Pero si esperaba que el entrenador Moser me felicitase, me había equivocado.

No me dijo nada, limitándose a hacer un gesto de asentimiento con la cabeza al tiempo que me ordenaba, junto a los demás, ir a los vestuarios para desnudarnos y pasar a las duchas.

Durante tres largos meses me entrené cada día.

Poco a poco, sin descubrirla del todo, fui adaptando mi táctica,

burlándome cada vez con mayor facilidad de las barreras de delanteros que el entrenador me ponía delante.

Le demostré de esta manera que había ido consiguiendo mayor velocidad cada vez y que iba a ser en la liga que se acercaba, un elemento valioso para el equipo de los Águilas de California.

Mi plan iba en marcha.

A parte del rugby, seguía recibiendo cartas de Serena y escribiéndole, deseando que llegara el momento de «volver de Europa», para poder tenerla de nuevo a mi lado.

Cuando faltaba una semana para que la liga comenzara, me había convertido, sin darme cuenta, en un excelente jugador de rugby.

* * *

No tuve tiempo, en aquellos meses de entrar en contacto con nadie. Pero cuando ya nos disponíamos a ir a jugar con el equipo de Chicago, nuestro primer contrincante en la liga, recibí una llamada telefónica, procedente de mi amigo el detective, quien me citaba en un bar, en la parte baja de Los Ángeles.

Aunque pueda parecer mentira, me había olvidado de él, casi por completo.

Y ahí estaba Harry Menson, con su irónica sonrisa de siempre, sentado en un rincón del bar, esperándome.

—¿Cómo va eso? —me preguntó.

—Bien. ¿Has conseguido algo interesante?

—Eso depende de lo que tú llames interesante. He conseguido algunas investigaciones y, aunque lentas, debido a los muchos hilos que he tenido que mover dentro del ambiente bancario.

—No te entiendo.

—Espera un momento, hombre. Como era natural, empecé por Russel. Es un hombre austero, un buen padre de familia, alguien a quién es muy difícil encontrar el más pequeño defecto. Perdí semanas siguiéndole, intentando descubrir algo que me demostrara, si no su culpabilidad, al menos el carácter de sospechoso que yo le había dado.

—¿Lo lograste?

—Sí.

—¿Cómo?

—Ya te lo he dicho antes. Tuve que entrar en contacto con amigos míos, de la banca, para así poder hallar el «talón de Aquiles» de nuestro querido doctor Russel.

—¿El dinero?

—Siempre es el dinero quien rige los delitos, amigo mío. Me sorprendió mucho, cuando comprobé que un hombre como Russel, de vida aparentemente modesta, de clase media más bien baja, había ingresado, unos días antes de la muerte de Edwin Doyle, la bonita cantidad de cincuenta mil dólares en su cuenta particular.

—¡Arrea!

—El que Russel no tocase para nada aquel dinero, me demostró enseguida que era un hombre hábil o que estaba muy asustado.

Fuese lo que fuese, no encontré en su vida profesional explicación alguna que pudiera proporcionarme una respuesta a cómo había obtenido los cincuenta mil pavos.

—¿Entonces?

—Alguien le dio ese dinero y es evidente, por lo que me contaste, que Russel creó, inventó, la enfermedad cardíaca de Edwin Doyle, enviando unos documentos al doctor Playford o, simplemente, haciendo una llamada telefónica.

—¿Y qué hay de Playford?

—Fue bastante más sencillo.

—No lo imaginaba.

—Sí. Playford es un hombre que tiene bastante dinero, que goza de una excelente posición y vive con un cierto lujo. Tiene una amiguita que vive junto a la frontera mejicana. Todo eso, naturalmente, le cuesta un ojo de la cara. Pero como gana bastante dinero, no encontré al principio ninguna justificación que me demostrara su lejana o próxima culpabilidad en el asunto que nos interesaba.

—¿Y bien?

—Hasta que descubrí hace muy poco tiempo que se había comprado una hermosa propiedad en el estado de Washington, junto a la frontera canadiense. Una «chabola» por la que había pagado la bonita cifra de doscientos cincuenta mil dólares.

—Eso es mucho dinero.

—Poco o mucho, lo verdaderamente interesante es que la

compra se hizo exactamente dos semanas después de la muerte del jugador Edwin Doyle.

—¿No será una coincidencia?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque he llegado a conocer lo que gana el doctor Playford, como si fuera yo mismo. Tampoco encontré, como en el caso de Russel, un justificativo para un ingreso tan importante.

—Lo que demuestra su culpabilidad.

—¡Alto ahí, amigo Tobbot! Por el momento, no son más que conjeturas, sospechas; pero sin ninguna prueba fehaciente, clara, de que intervinieron, directa o indirectamente, en la muerte de. Edwin; nada se puede hacer.

—Entiendo.

—También envié un hombre a Boston, para que investigase un poco la vida de esos dos jugadores con los que tú hablaste.

—¿Conseguiste alguna cosa?

—Aquí tengo que confesarte mi fracaso. Son dos muchachos completamente normales, dos estudiantes jugadores de rugby que llevan la vida normal de esa clase de personajes.

—No lo entiendo.

—Pues viven tranquilamente, se divierten como pueden y pasan el resto de su existencia entrenándose.

—Bien...

Me miró sonriente.

—Como ves, Ward poseemos unos pocos elementos que nos hacen sospechar que algo raro ocurrió para que se produjese la muerte de ese desgraciado jugador.

—Desde luego. Pero...

—Sí. Tenemos, interiormente, la seguridad de que alguien pagó a esos dos médicos para que pudiese justificarse, al menos de manera oficial, el fallecimiento en el campo de juego. Pero no tenemos nada más.

—Es cierto.

—Aquí termina mi trabajo, amigo mío. Te pasaré la factura en el momento oportuno...

—Hazlo cuando quieras.

—No hablemos ahora de eso. Yo sé que no vas a conformarte

con lo que he hecho y que vas a continuar por tu cuenta la investigación.

—Haré lo que pueda.

—Lo sabía.

—Pero no te preocupes. Hay cosas que no entiendo, pero creo que es muy importante lo que has encontrado, por lo menos para reafirmarme en la seguridad respecto a mis sospechas de que Edwin fue asesinado.

Me sonrió.

—Sí, puedes estar seguro de eso.

—Haré todo lo que pueda —volvió a decir.

Estaba visto que el papel primordial en aquella investigación había caído sobre mis espaldas.

Pero estaba dispuesto a conseguirlo.

Me despedí de Menson, agradeciéndole sinceramente todo lo que había hecho, rogándole que guardara los papeles y comprobantes que, en su día, podrían sernos de gran utilidad.

Y volví a mi casa.

CAPÍTULO VI

Todo el mundo comete errores y yo no voy a ser una excepción.

Cuando habíamos jugado ya tres partidos, empecé a convertirme en una figura y mi foto apareció en todos los periódicos del país.

Tan ensimismado estaba, que no me di cuenta del error que estaba cometiendo.

Y así, al regresar a Los Ángeles, después de haber vencido al Tucson, empezamos a entrenarnos, preparándonos para el próximo partido que íbamos a jugar en nuestro campo contra el equipo de Denver.

Aquel sábado por la mañana, la víspera del encuentro, hicimos un pequeño entrenamiento.

Después de ducharme, me vestí y salí, dispuesto a dar un largo paseo en el coche, pensando en el otro domingo en el que, el encuentro de ida, íbamos a Boston a jugar con los Halcones.

Estaba un poco nervioso.

Subí al coche, lo puse en marcha... y, apenas había recorrido unas yardas cuando, de repente, otro coche se me cruzó, obligándome a frenar de una manera brusca.

Salté del vehículo dispuesto a increpar al conductor del otro coche que había cometido una flagrante infracción. Y me quedé viendo visiones. Porque el conductor, o mejor dicho la conductora del otro coche, era, naturalmente, Serena Sperry.

Me di cuenta enseguida de que estaba furiosa. Se acercó a mí, con los ojos chispeantes y mirándome con una rabia apenas contenida.

—Te has burlado lindamente de mí, Ward —dijo.

No supe decir más que una cosa.

—Lo lamento.

—Deberías haberme dicho la verdad —dijo cambiando de tono, que se hizo moderado y más suave—. Aunque siempre pensé que no ibas a irte a Europa.

Sonreí.

Ella también sonrió y ambos nos dimos cuenta de que el enfado de ella y mi desolación habían terminado tan aprisa como empezaron.

—Aparca el coche —le dije—. Y ven al mío.

Obedeció.

Momentos después, en silencio, cruzábamos lo más rápidamente posible la ciudad de Los Ángeles, dirigiéndonos hacia el norte. Yo estaba encantado de haberla encontrado; mirándola de reojo, comprobé que estaba mucho más bonita de, lo que podía haber imaginado en mis sueños.

Se volvió hacia mí y con un mohín:

—Debía haber sospechado que estabas haciendo algo así. Fui una tonta al creer que me decías la verdad. Pero, sinceramente, me hubiera gustado más que estuvieses en Europa.

—¿Por qué?

Era una pregunta estúpida, ya que lo que me estaban diciendo sus ojos respondía plenamente a lo que acababa de decir con la boca.

—Tengo miedo —dijo después de una corta pausa—. Estás siguiendo la misma línea que Edwin. Cuando, por primera vez, vi tu foto en los periódicos, me estremecí de pies a cabeza. Lo que estás haciendo, Ward, es una verdadera locura.

No me atreví, en aquellos momentos, a decirle la verdad, por eso, sonriendo hipócritamente, sin dejar de mirar a la carretera por la que se deslizaba lentamente el coche, le dije:

—Ya es hora de llevar un poco de limpieza al rugby. Tenemos que suprimir el «juego sucio» de cualquier manera. Ningún deporte deja de ser hermoso, si se practica con honestidad. He visto demasiadas cosas sucias, Serena. Que el boxeo haya degenerado hasta convertirse en un verdadero negocio, lo comprendo, aunque lo lamento. Pero no quisiera que ocurriera igual en nuestro deporte nacional.

Ella me escuchaba atentamente, mirándome de reojo.

Sabía que estaba haciéndole daño, al justificar mi trabajo como si solamente me interesara la limpieza en el juego.

Paré el coche en lo alto de una colina desde donde se veía el mar.

—Vais a jugar contra el Boston dentro de dos domingos, ¿no?

—Así es.

—He leído en los periódicos —prosiguió diciendo— que los Halcones llevan los mismos puntos que vosotros en esta nueva liga. Parece como si todo lo de la anterior fuera a repetirse. Y eso es lo que me aterroriza.

—No tengas miedo.

—No puedo evitarlo. Tengo clavada en la mente aquella escena que, antes de que ocurriera, me temía. Jamás podré olvidar a aquellos dos hombres que se precipitaron como dos bestias contra Edwin.

—Tampoco lo olvido yo.

—¿Y no les temes?

Me sonreí.

—Claro que les temo. Todo el mundo tiene miedo y es instintivo que defendamos nuestra integridad física. Pero el juego es demasiado importante. Serena. Compréndelo. Como tú, sospecho que algo muy raro pasó en el caso de tu prometido y eso es lo que quiero averiguar.

—¿Por qué?

Se había decidido a formular la pregunta decisiva. Ahora no me quedaba más remedio que seguir disimulando, hablando del rugby y del juego sucio o decirle francamente la verdad. No podía seguir engañándola.

Volviéndome hacia ella, la miré larga y profundamente.

—Estoy enamorado de ti, Serena.

Pestañeó un poco y el asomo de una sonrisa se pintó en su boca. Luego, sin decir una palabra más, se acercó a mí echándome los brazos al cuello.

Estando tan cerca del mar, no era raro, así lo pensé, que sus labios tuviesen un fresco sabor salobre.

* * *

Antes de salir para Boston hice una curiosa visita, en la zona universitaria de Los Ángeles, allí donde había pasado algunos años de mi vida, con un entusiasmo del que me arrancó la necesidad económica cuando empecé a hacer periodismo.

Cuando entré en el laboratorio donde trabajaba Leonard Adams,

sentí la emoción de los viejos tiempos. Desde las ventanas del laboratorio se veía el campo donde tantas y tantas veces había paseado yo, con los libros bajo el brazo, soñando con un porvenir que la vida me había negado de manera cruel.

Leonard Adams era un hombre alto, delgado, que había llegado a hacer excelentes marcas en el salto de pértiga.

Estudiante de química, lo había conocido en el campo de deportes, sintiendo el uno hacia el otro una profunda amistad que se había prolongado incluso después de que yo abandonase la universidad. Me recibió muy bien, abrazándome con verdadera efusión, lo que me demostró que seguía pendiente de las cosas deportivas y que debía de haber visto mi foto en los periódicos.

—¡Estás hecho un campeón, Ward! —me dijo—. Ven y siéntate aquí. Me has dado una enorme alegría al venir a verme.

—Nunca me he olvidado de ti, Leonard —le dije—. Pero ya sabes que no me gusta ser hipócrita. Debía haber venido antes a verte. Si lo hago ahora, es por pura necesidad y te ruego me lo perdones.

—Eso no tiene importancia. Para eso estamos los amigos.

Había envejecido un poco dibujándose alrededor de su boca y ojos algunas arrugas que antes no tenía. Me dijo que se había casado, que tenía un niño y que la pelea cotidiana era cada vez más dura sobre todo para él que, negándose a trabajar para alguna importante compañía, se había empeñado en seguir el camino de la investigación.

—A pesar de la fama que tienen los Estados Unidos en cuanto al presupuesto destinado a la investigación —me dijo sonriente—, la verdad es que escatima mucho los fondos para esta universidad. Pero, ¿qué quieres? Cuando a uno le pica el bichito de la investigación, no hay nada que hacer.

—Estoy de acuerdo contigo.

Luego, muy despacio, demostrándole la plena confianza que tenía en él, le expliqué lo que había hecho desde aquel fatídico día en que aconteció la muerte de Doyle. Él estaba enterado también, pero no podía sospechar que hubiese algo oculto en todo aquello.

Le hablé extensamente de todo cuanto había hecho hasta el momento. Y lo más importante, le expuse con toda sinceridad mis planes para el próximo futuro.

Me miró muy serio.

—Es un juego peligroso el tuyo, Ward.

—Lo sé.

—En lo que a mí respecta —siguió diciendo—, creo poder ayudarte. Es un plan ingenioso y que seguramente dará resultado. Aunque, francamente, creo que te imaginas cosas que no existen.

—¡Ojalá!

—Puedes contar conmigo. Voy a prepararte lo que deseas. Lo haré de manera que funcione en cualquier circunstancia.

—¿Cuándo los tendrás preparados?

—Mañana mismo puedes venir a recogerlos. Déjamelos ahí en esa mesa.

Le dejé el paquete que llevaba en el bolsillo, poniéndome luego en pie.

—Te estoy muy agradecido, Leonard.

—No digas tonterías. Lo malo es que vas a tenerme pendiente hasta que termine el partido con los Halcones. Desde luego, ni siquiera mi investigación me separará, el próximo domingo, de delante del televisor.

—Espero que veas algo bueno.

—Estoy seguro de ello. Y hablo de tu juego, no de lo que quieres hacer. Pero de todas formas, si deseas demostrar lo que me has dicho, va a ser un escándalo formidable.

—No quiero escándalos —le dije muy serio.

—Lo sé.

—Solo deseo que se haga justicia.

—Te comprendo muy bien.

* * *

Apenas había empezado el partido contra los Halcones, un rugido formidable estremeció los graderíos.

Los del Boston acababan de inaugurar el marcador con tres hermosos puntos conseguidos en un ensayo.

Quince minutos después, en una preciosa jugada por medio de un ensayo trasformado, el marcador subía de nuevo, a favor de los Halcones, con nuevos cinco puntos, haciendo un total de ocho, cuando apenas habían transcurrido dieciocho minutos del

encuentro.

Había llegado el momento de actuar.

Los de mi equipo estaban nerviosos.

Lo había comprobado en los vestuarios. Desde el último encuentro con los de Boston, en el partido que había determinado el campeón de la liga, en aquel fatídico encuentro que costó la vida a Doyle, era la primera vez que los Águilas y los Halcones se encontraban de nuevo.

En realidad, los Halcones, estaban obligados a ganar, ya que con puntos de ventaja sobre nosotros, podían ir abriéndose paso en la liga. Pero yo estaba completamente seguro de que su entrenador estaba pensando en anular nuestro equipo de una manera definitiva. Porque, incluso si nos ganaban, podíamos remontar los puntos al jugar con otros equipos, volviéndose a repetir lo de la liga anterior, es decir, un encuentro de final entre los de California y los de Boston.

Estaba seguro de que no podía equivocarme.

Cuando, después de una melé conseguimos avanzar hasta la línea de veintidós metros, me percaté de que todo el equipo estaba pendiente de mí y que tal y como estaba esperando, momentos después, me pasaban el balón.

Inicié una veloz carrera. Estaba muy seguro de mí mismo.

Estaba convencido de que iba a marcar, burlando a los dos delanteros que se dirigían rápidamente hacia mí.

Desoyendo los consejos de mi entrenador, volví a repetir aquella táctica especial que había adoptado en casi todos los encuentros.

Cuando los dos delanteros adversarios se dirigían, como dos potentes locomotoras, dispuestos a cortarme el paso, los esquivé con cierta facilidad, evitando también al tercer delantero que el equipo había colocado detrás, para evitar que yo pudiera pasar, corriendo a toda velocidad hasta que, dejándome caer, coloqué el balón en la línea de meta.

Los tres primeros puntos subieron a nuestro marcador.

Pocos eran los seguidores de los Águilas que habían llegado a Boston y, por lo tanto, el estadio, estaba repleto de hinchas de su equipo.

Oí muchos silbidos y pocos aplausos.

Me importaba un bledo.

Fracasó una intentona de los Halcones y, a renglón seguido, avanzamos de nuevo, consiguiendo un par de melés, seguidas por una salida fuera de la línea, una *touchée*.

Algo me estaba diciendo que el momento sublime iba a llegar de un momento a otro. Había visto desde lejos, cómo los delanteros de los Halcones se reunían, hablando en voz baja. Y nada bueno, pensaba yo, podía salir de aquel misterioso conciliábulo.

Uno de mis compañeros me pasó el balón cuando yo estaba apenas un poco más allá de la línea de medio campo.

Empecé a correr.

Haciéndolo por el ala izquierda, tenía que encontrarme, matemáticamente, con aquellos dos muchachos con los que había hablado en el club de los Halcones.

Allí los tenía, envueltos en sus armaduras, con los rostros ocultos por el casco, dos enormes hombres que se alzaban ante mí, dispuestos, de la manera que fuera, a impedir que consiguiera un nuevo ensayo.

Hubiera podido, me percaté mientras corría, lanzar un tiro de bote pronto, con bastantes posibilidades de marcar un tanto.

Pero no lo hice. Sabía perfectamente que me estaba convirtiendo en un conejillo de Indias, en un cobaya que podía pagar muy caro lo que deseaba hacer.

Les vi precipitarse hacia mí.

Con el balón, fuertemente cogido contra el cuerpo, avancé directamente hacia ellos; ahora iba a saber la verdad. No pude, por lo tanto, evitar que una honda emoción se apoderase de mí. Pero, haciendo lo imposible por mantener mi sangre fría, esperé el choque.

Entonces, vi el puño.

Durante unas centésimas de segundo, estuve a punto de comprender la verdad, pero me pareció tan imposible que, siguiendo el plan que había imaginado, me dejé caer justo en el momento, soltando el balón, agarrándome a la cintura del jugador que se disponía a golpearme, rodeándole el cuerpo con mis brazos, haciendo que cayésemos juntos.

Por desgracia, su peso y su fuerza, eran muy superiores al mío.

Por eso, en vez de empujarle, fui yo quien caí hacia atrás, justo en el momento en el que el otro jugador se abalanzaba sobre

nosotros. De esa manera, tuve que soportar el horrible peso de los dos delanteros… y fue entonces cuando, de repente, sentí un chasquido en la pierna izquierda, al tiempo que un dolor fulgurante me recorría el cuerpo y me pareció como si me hundiera en un pozo sin fondo.

CAPÍTULO VII

Iba saliendo lenta, muy lentamente, de aquella profunda sima en la que había caído.

Al abrir los ojos, me encontré con el rostro agradable de la enfermera que se inclinó justamente hacia mí.

—¿Cómo se encuentra?

—Eso es precisamente lo que yo iba a preguntarle, ¿señorita?

—Me llamo Patricia. Si se molesta en tocarse la pierna, comprobará usted, señor Tobbot, que la tiene enyesada.

—¿Qué me ocurrió?

—Fractura de fémur.

—¡Arrea!

—El golpe debió ser muy fuerte.

—No lo crea.

—No, ya sé que no fue el golpe, aunque de todas formas no fue ninguna broma y usted lo sabe. Desde luego cayó usted en muy mala postura, eso es todo. Tuvo que soportar el peso de los dos delanteros y su fémur no pudo resistir la presión.

—Muy divertido—. Y tras un silencio—: ¿Puedo saber dónde me encuentro?

—En el Hospital Central de Los Ángeles. Fue usted trasladado aquí en avión, después del partido.

—¿Quién ganó?

—Los Halcones.

—Debí suponerlo.

Cuando la enfermera se fue, me pregunté si había conseguido mi propósito.

Entonces comprendí que, estando en Los Ángeles, me iba a ser muy difícil, casi imposible, demostrar la veracidad de mi plan.

Estaba completamente seguro de que el mecanismo ideado por Leonard Adams había funcionado.

Pero, ¿de qué me servía?

Fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Momentos después, Serena estaba junto a mí, besándome amorosamente en los labios.

Estuve a punto de olvidarme de todo. El tenerla en mis brazos me sentó muchísimo mejor que todos los medicamentos que la enfermera me había dado para calmar el dolor.

—Me asustaste mucho, querido.

Le acaricié la cabeza que tenía muy cerca de mí.

—Cuando te vi en la pantalla del televisor, quedarte sin sentido en el campo, me hiciste pasar un rato muy malo.

—Como ves, ha sido poca cosa.

—Quiero que dejes el rugby, Ward. Si no has podido demostrar nada, no importa. Nada de lo que puedas hacer podrá resucitar al pobre Edwin.

—Eso ya lo sé.

—Abandona, te lo ruego.

Me quedé silencioso, mirándola con fijeza.

Mi cerebro estaba funcionando y eso me alegraba. Cuando ya había recorrido las tres cuartas partes del camino me parecía una completa estupidez abandonar el plan. Claro que...

Estuve a punto de rechazar la idea. Luego, sintiendo que podía tener una completa confianza en Serena, extendí mis manos para coger amorosamente las suyas.

—Quiero pedirte algo, cariño.

—Lo que quieras.

—Tengo un buen amigo, una persona muy rara, pero muy eficiente. Se llama Pool y es fotógrafo, de segunda fila, del periódico en el que yo trabajaba. Quiero que le digas que venga a verme; es muy urgente.

—¿Todavía sigues empeñado en demostrar algo indemostrable?

—Ya veremos.

* * *

La visita de Pool coincidió con los exámenes semestrales de Serena, lo que me permitió recibir a mi amigo sin la presencia de la muchacha. No es que Serena me molestase en absoluto, todo lo contrario; pero estaba emperrada en que lo dejase todo, sobre todo

el rugby, volviendo a mi antigua profesión.

Esos eran también mis planes, pero no sin antes poner en claro lo que había ocurrido en el campo el día que Edwin Doyle murió y lo que ocurrió también el día que me partieron la pierna.

Pool estaba, como siempre, tristón y un tanto huraño. Pero como eso no es más que la superficie de su verdadera personalidad, no hice mucho caso a la expresión que enarbolaba su rostro y, después de indicarle que se sentara junto al sillón que yo ocupaba, ya que hacía unos días que me permitían ir en silla de ruedas, me decidí a preguntarle primero cómo iban las cosas por el periódico. Ni siquiera se encogió de hombros.

—Solo hay una cosa que me interesa en ese infecto diario —me dijo—: El laboratorio y el material fotográfico. Lo demás no es más que basura.

—Muchas gracias por mi parte.

—Ya sabes que no hablo por ti, Ward. Tú eres, precisamente, la excepción a la regla. Pero, por si no lo sabías, desde que te fuiste, tu queridísimo amigo se ha hecho el dueño de la sección fotográfica.

—No me extraña. Hamer fue siempre una araña. De esos que tejen tela en silencio y que luego cuando menos lo piensas, te engullen tranquilamente.

—Has hecho un perfecto retrato de ese sinvergüenza.

Le miré intensamente.

—Todo va a cambiar, James. Por el momento, para que empieces a abrir un poco los ojos, voy a decirte que pienso volver al periodismo y que, esta vez, lo haré por la puerta grande. Puedo asegurarte que no exagero nada.

—Me alegro por ti.

—Y también por ti.

—¿Por mí?

—Cierra el pico y deja que te explique el asunto. Puesto que antes has dicho que soy la excepción de la regla, es que sabes muy bien que jamás falto a ninguna promesa. ¿Es cierto?

—Completamente cierto.

—Entonces, cierra esa gran bocaza tuya y prepárate a escuchar algo que va a estremecerte.

Empecé por el principio, aunque él conocía naturalmente lo de las fotos. Pero esta vez le hablé con todo detalle, explicándole cómo

se fue formando en mi mente la idea de que algo verdaderamente tremendo había ocurrido en aquel fatídico encuentro entre los Águilas y los Halcones.

Creo haber dicho más arriba que James Pool es un hombre apático, profundamente ensimismado y casi completamente incapaz de manifestar algo que no sea tristeza.

Pero entonces, quizá por vez primera desde que le conocía, vi cómo su expresión se iba transformando, al tiempo que sus ojos adquirían un brillo cada vez más intenso.

Le estaba interesando.

Y era natural. Porque mi plan tenía características capaces para convertir la noticia, si es que lograba la demostración que me faltaba, en una bomba que estallaría con muchísima más potencia, en el sentido metafórico, que todas las que se habían lanzado desde la primera bomba atómica.

—Lo interesante —acabé diciendo— es que puedas obtener ese equipo de infrarrojos.

—Está hecho. Ese berzotas de Flood está tan pagado de sí mismo, que no sabe siquiera el material que tenemos en el depósito del periódico.

—No vamos a robarlo, Pool.

—No digo eso. Me refiero a que podré ausentarme con el equipo sin necesidad de pedir permiso a nadie. En realidad, cada vez que Flood se encuentra conmigo, desvía la mirada. Por algo será... ¿verdad?

—Porque sabe, sencillamente, que le das cien vueltas en todo lo que se refiere a la fotografía.

—Eres un poco exagerado, pero...

—Dejemos eso. Y puesto que puedes contar con el dispositivo, ¿qué te parece mi idea?

—Luminosa —dijo.

Y debía hacerle gracia aquella palabra, porque por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, sonrió.

—¿He hecho un chiste? ¿verdad?

—Muy bueno —le dije sinceramente.

Guardé unos instantes de silencio, mientras le miraba de reojo hasta que me atreví a formular una pregunta que, sin importancia, quería sin embargo hacerle.

—¿Cómo andas de pasta?

Ahora sí que se encogió de hombros.

Un encogimiento de hombros fatalista, que me hizo muchísimo daño porque Pool es un individuo excelente un maravilloso fotógrafo y alguien que debería ocupar un puesto alto y ganar muchísimo dinero. Tampoco es de esos seres débiles que se dejan aplastar por cualquiera Lo que le ha ocurrido a James es que ha tenido muy mala suerte y que además es incapaz de darle coba a nadie.

—Vas a necesitar mucho —le dije.

—Pediré un anticipo.

—¡No digas tonterías!

—No hablaba por eso, idiota. Voy a darte dos cheques, cada uno de ellos de veinticinco mil pavos.

Abrió unos ojos como platos, mirándome como si acabase de ver un marciano entrando en la habitación de aquel hospital.

—¿Para qué esa fortuna?

—Porque vas a necesitar dinero. Quiero que te muevas con absoluta tranquilidad, que cojas cuantos taxis sean necesarios, que vueles donde sea. Por el momento, vas a coger el primer avión para Boston e investigar en lo que te he dicho. No repares en gastos y si te preguntas por qué te doy dos cheques en vez de uno, te lo voy a explicar enseguida. Es muy posible que tengas bastante con veinticinco mil dólares; por eso, guardarás cuidadosamente el otro cheque en tu cartera Si lo necesitas, lo cobras y en paz.

—No te entiendo mucho.

—Pues no puede estar más claro. Si a pesar de todos los esfuerzos fracasamos en el asunto, tendré una pequeña reserva que agregar a la que yo tengo, porque, lo creas o no, voy a casarme.

—¿Tú?

—¿Acaso crees que no lo merezco?

—Lo que se dice merecerlo, no.

Entonces fui yo quien se rio.

Cuando le hice los dos cheques. James Pool era otra persona. Ahora tenía un trabajo que hacer y una responsabilidad. Y además, si todo salía bien, sabía perfectamente que podía contar conmigo, y en aquellos momentos yo sería una persona importante. Pero que muy importante.

Serena vino a verme, dos días después, ya que los exámenes habían sido largos y difíciles.

Por la expresión radiante de su rostro, me di cuenta de que había aprobado todas las asignaturas.

Yo había pedido al médico que me dejara en libertad, ya que estaba más que harto del hospital. Necesitaba moverme, aunque fuera con aquella antipática muleta.

—Salgo hoy del hospital, cariño —dije a Serena cuando ella hubo terminado de explicarme lo complicado que había sido todo el asunto de los exámenes.

—¿De veras? —me preguntó con una sonrisa resplandeciente.

—De veras. Quiero estar en mi casa, trabajar allí. Luego te explicaré.

Frunció el ceño.

—¿He oído «tu casa»?

—Eso es lo que he dicho.

—Te equivocas. Vendrás a la mía.

—¿Estás loca? ¿Y tus padres?

—Lo saben todo y como pensábamos que tarde o temprano te echarían de este hospital, ya hemos dispuesto una habitación, en la segunda planta de la casa, un sitio precioso, con una ventana que da al mar, donde podrás trabajar todo lo que quieras.

—Es que he dado el teléfono de mi casa a Pool.

—Eso es igual. Comunica al servicio de teléfonos que todas las llamadas te las pasen al teléfono de casa.

—Está visto que no hay nada que hacer contigo.

—¿Y qué te creías? A veces —agregó sonriente— no me pareces un americano; si lo fueras de verdad, sabrías hace muchísimo tiempo que aquí, en los Estados Unidos, quienes mandamos somos las mujeres.

—Nunca me ha gustado mandar. Fui suboficial en el ejército, pero me daba cien patadas tener que dar una orden.

—A mí me encanta hacerlo. Así que, ya lo sabes, voy a preparar tu ropa y vamos a irnos directamente a casa.

Así lo hicimos.

* * *

Carolina Sperry, mi futura suegra, era una mujer encantadora. De joven, debía haber sido tan hermosa como su hija, aunque ahora algunas indiscretas arrugas alrededor de los ojos y unas cuantas hebras plateadas en sus cabellos, indicaban la minúscula diferencia que los años habían puesto en ella.

Las dos mujeres me ayudaron a subir al primer piso dónde está ubicada la habitación que me habían reservado.

La pieza era amplia, con una cama a la izquierda y una mesa de trabajo, junto a la ventana, obra seguramente de Serena, que había pensado en todo.

La ventana daba directamente al mar, y la habitación gozaba de una luminosidad extraordinaria.

Como la impaciencia me comía, y tenía que esperar a que James me llamara por teléfono, empecé a trabajar con ardor, preparando la serie de artículos que pensaba publicar.

Queriendo dar a mi trabajo una presentación amena y una documentación completa, empecé relatando los orígenes del rugby, recordando a los lectores aquella célebre anécdota que casi todo el mundo conoce.

Todo empezó cuando un día de noviembre, de 1823, mientras se llevaba a cabo un encuentro de fútbol corriente en la escuela de Rubgy, así se llamaba el lugar, uno de los alumnos, exactamente William Webb Ellis, le dio por hacer una gracia, cogiendo el balón con las manos, y penetrando en la portería contraria de esta manera antirreglamentaria.

Había nacido el rugby.

Me distraje escribiendo, aunque tuve que enviar a Serena, un par de veces a mi casa, para que me trajera mis viejos artículos y mis cuadernos donde había anotado todas las incidencias de lo que había sido el rugby, desde su comienzo, en los Estados Unidos.

Al mismo tiempo, cuando me cansaba de la parte histórica, iba preparando mis ataques particulares, para entrar de lleno en lo que yo llamaba el vergonzoso caso de Edwin Doyle.

Toda aquella colección de artículos iba a llevar un solo y flamante título:

«JUEGO SUCIO».

Para poner a prueba mi paciencia, James tardó seis días en llamarme por teléfono.

Cogí el aparato con mano temblorosa y después de saludarnos previamente, le pregunté:

—¿Has conseguido algo?

—No —me dijo enseguida—. Lo siento, Ward. Todas las pruebas, hasta este momento, han salido negativas.

—¿Has hecho fotos de todo el equipo?

—Creo que sí. Quizá falten algunos suplentes. De todas formas voy a continuar. ¿Estás seguro de que el truco de tu amigo, el químico, dura un mes y medio?

—Absolutamente seguro.

—Entonces, no te preocupes. Hay una reunión especial de los Halcones de Boston mañana por la noche. He conseguido una invitación, aunque he tenido que dar una buena propina…

—Olvida el dinero. Y no faltes a esta reunión, por lo que más quieras. Tenemos que obtener la prueba cuanto antes, Pool.

—Lo sé. Soy consciente de mi deber. No te preocupes.

Y tras una pausa, al ver que yo no decía nada, dijo:

—Todo el mundo habla aquí de que los Halcones van a ser los campeones de esta liga, por segunda vez consecutiva.

—Eso nos importa un rábano. Quizá les demos la mejor sorpresa de su historia «deportiva». ¿Cuándo me llamarás?

—Si obtengo algo positivo, mañana por la mañana.

—Te deseo mucha suerte.

—Gracias.

Y colgó.

CAPÍTULO VIII

Pasé las peores cuarenta y ocho horas de mi vida.

Desde primeras horas de la mañana en que James me había prometido llamarme, no pude escribir ni una sola línea. Lo intenté cien veces, llenando la papelera sin conseguir ni una sola idea que valiera la pena.

Tenía la mirada fija en el aparato telefónico y cuando este sonó noté que mi corazón daba un brinco.

—¿Diga?

—Soy, yo Pool.

—¿Hay algo nuevo?

—Lo hemos logrado, Ward.

No daba crédito a lo que acababa de oír.

—¿De veras?

—Sí. Tengo las pruebas que deseabas. Iba a regresar hoy mismo, pero no voy a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque necesito algunos detalles más, respecto a la identidad de esos dos sujetos. Me he enterado de los lugares que frecuentan y esta noche haré la última fase del trabajo. Si todo va bien, mañana por la tarde estaré en Los Ángeles.

—¿De veras que has visto bien lo que esperábamos ver?

—Tan claro como una mancha de tinta en una sábana nueva. Vas a armar una polvareda de todos los diablos. Tobbot.

—La vamos a armar, Pool. No olvides que toda la parte gráfica de mis artículos estará a tu cargo.

—Eres un buen amigo.

—Tú también lo eres, James. Si me gustase el alcohol me bebería ahora mismo una botella de *whisky*.

—Yo lo haré por ti, aunque no llegaré a beberme una botella entera, eso ya pasó. Estoy tan nervioso como tú. Esta noche tendré confirmación completa de los datos que me faltan y mañana por la mañana estaré volando hacia allá.

—Me has llenado el corazón de alegría, Pool.

—También yo estoy contento. ¡Hasta la vista, Ward!

—¡Hasta la vista, James!

* * *

El regreso de Pool fue un verdadero acontecimiento. Yo ya le había comunicado que estaba en casa de mi prometida, y se presentó allí, cargado con una cartera voluminosa, subiendo directamente a mi habitación, donde antes de nada, en vez de estrecharnos la mano, nos abrazamos efusivamente.

Pero, sin perder un solo instante, nos pusimos a trabajar.

—Te voy a enseñar las fotos.

Empezó por mostrarme las de todo el equipo. Naturalmente, no se veía a nadie, ya que las fotos habían sido hechas con una película más potente que la de los rayos infrarrojos, capaz de detectar, incluso en una oscuridad completa las «manchas calóricas» de la sustancia que me había entregado mi amigo el químico.

—Me hinché a hacer fotografías del equipo —sonrió James— y luego, al revelarlas, me desesperaba cada vez más. Estaba junto a ellos en todos los entrenamientos y hasta llegaron a creer que era un verdadero forofo de los «Halcones de Boston».

—Sigue, por favor.

Me mostró más y más fotos. Había tirado una cantidad formidable de carretes. Luego, abriendo un sobre de celofán que tenía aparte, me enseño las fotos reveladoras de lo que estábamos buscando.

Entre las siluetas confusas de los jugadores que Pool había captado con su cámara, se veían dos, uno de ellos con las piernas llenas de manchas blancas, el otro, con algunas rozaduras, del mismo color, a la altura de la cadera derecha.

Me estremecí. El primer individuo era el que había intentado agredirme. Todavía, entornando los ojos, recordé aquel puño formidable que avanzaba rapidísimamente hacia mí. Era el que se había caído, empujándome en su caída hasta partirme la pierna.

El otro, al que mis manos apenas habían rozado, era el que tenía aquellas finas manchas a la altura de la cadera.

—¿Quiénes son, Pool?

Me miró sonriendo.

—Vas a sorprenderte, Ward. Ninguno de los dos pertenece a los Halcones.

—¿Eh?

—Lo que oyes. Ninguno de los dos figura en la plantilla de los jugadores. Sin embargo, podría jurarlo, son ellos, no solamente los que te agredieron, sino los que se encargaron de «liquidar» al pobre Edwin Doyle.

—De eso tampoco tengo yo duda alguna.

—Pude fotografiarlos en la fiesta. Iban de paisano y su aspecto, sobre todo sus rostros, ahora te enseñaré las fotos que hice sin la película de infrarrojos, me demostraron que no era el rugby su deporte, sino el boxeo.

—¿Qué me dices?

—La verdad. Gracias a los dólares que repartí generosamente entre los masajistas y el personal secundario, conseguí saber que aquellos dos sujetos frecuentaban un gimnasio en el que solo se hace boxeo. Y fui allí. Antes de que ellos llegasen, yo ya me había hecho amigo de la mayor parte de los púgiles que se entrenaban en aquel lugar. Por eso, no se extrañaron mucho al verme y pude fotografiar, obteniendo así la segunda parte de pruebas, con infrarrojos y sin infrarrojos para que tengas documentación suficiente en tus artículos.

—¡Eres un campeón!

Sonrió.

—Los dos individuos se llaman Franz Leemer y Harry Scoote. Su carrera pugilística es muy sencilla. Son dos bestias que, después de medio asesinar a sus contrarios, fueron expulsados de la Federación de Boxeo americana.

Alguien, cuya identidad ni siquiera sospecho, pensó en utilizarlos durante los partidos, para eliminar a los enemigos peligrosos. Desde que estos dos individuos juegan en los Halcones ha habido, según me he informado, más lesiones que nunca. Lesiones graves, mucho más que las tuyas. Y todo hubiera seguido sin despertar sospechas a no ser por ese misterioso individuo que tuvo la idea de colocar a Leemer y a Scoote. Y les ordenó, tranquilamente, que eliminasen «de veras» a Doyle.

Estaba loco de alegría. Ahora tenía en mis manos todos los

elementos necesarios para fabricar los artículos más explosivos que jamás había publicado la prensa deportiva de los Estados Unidos.

Le dije a James que le necesitaba, día y noche, para que trabajara a mi lado, ya que deseábamos presentar el trabajo juntos.

Y así, durante dos largas semanas, fuimos montando, pieza a pieza el artefacto explosivo que iba a estallar en cuanto mi fotógrafo y yo, ya no nos separaríamos nunca, hiciésemos una visita al director del periódico. Glen State.

* * *

Jamás había visto a James Pool gozándola de aquella manera.

Creo que las dos o tres veces que había entrado en el despacho de State debió hacerlo con la cabeza gacha y, por un poco más, arrastrándose como un gusano sobre la lujosa alfombra.

¡Ahora se estaba desquitando, el muy granuja!

Sentado en un sillón, con las piernas cruzadas y fumando un cigarrillo cuya ceniza, de malévola manera, dejaba caer sobre la precitada alfombra.

Glen estaba absorto en la lectura de mi trabajo.

Tardó cuarenta y cinco minutos en leerlo, el tiempo de que James fumase veinte cigarrillos y que yo estuviese a punto de comerme las uñas.

—¡Bonita novela! —dijo al cerrar la carpeta que empujó hacia mí—. Lo siento, Tobbot, pero te has equivocado de edificio. Esto es un periódico deportivo, no una editorial especializada en cuentos infantiles o novelas de ciencia-ficción.

—Perfectamente de acuerdo, señor State. ¿Me permite hacer una llamada?

—¿Por qué no? Pero si es de larga distancia, pídela con pago revertido.

—Así lo haré.

Descolgué el aparato, dirigiéndome con voz suave a la operadora:

—Larga distancia, señorita. Pago revertido, por favor.

—¿Con quién quiere hablar?

—Con el señor Wallace, del New-York Sports.

—Un momento…

No miré a Glen, pero habría adivinado la palidez que debía haber adquirido su rostro.

—¿Míster Wallace? Soy Ward Tobbot. No quiero hacerle perder su tiempo ni yo el mío. Tengo la prueba fotográfica y los datos necesarios para demostrar que Edwin Doyle, de los Águilas de California, fue asesinado en el partido último de la liga del año anterior. Una serie de artículos con un total aproximado de unas 25.000 palabras y dieciséis fotos inéditas. ¿Cuánto está dispuesto a pagar por ello?

La voz de mi comunicante explotó con tal fuerza que Glen no tuvo más remedio que oírla.

—¡Desde dónde me llama?

—Desde Los Ángeles.

—¡Coja el primer avión! Si es mentira lo que me dice, le enviaré a un manicomio. Si es verdad, le pagaré lo suficiente como para que no tenga que trabajar en su vida.

—Estaré mañana por la mañana en su despacho, señor Wallace.

Y colgué.

State estaba un poco nervioso, pero es tan terriblemente mezquino, tan asquerosamente incrédulo, que solo se quedó con la primera parte de la frase de Wallace. Y sonriente:

—Ya me comunicarás la dirección del manicomio, Ward…

Me puse en pie.

—Vámonos, Pool. Conozco a alguien que llorará lágrimas de sangre cuando salga la primera edición especial del New York Sports.

Y nos largamos. Pero antes de salir del despacho James tiró la colilla sobre la alfombra, sin molestarse en aplastarla con la suela del zapato.

Al día siguiente estábamos en Nueva York. Llegamos a las once. A las dos habíamos firmado un contrato monstruo. Y a las cuatro y cuarto de la tarde, cogíamos el avión, de regreso a Los Ángeles.

Al día siguiente, la bomba, la mía, estalló en el territorio de los Estados Unidos de América.

* * *

—Por favor, señor Ward…

¡Menuda sorpresa!

Nada más ni nada menos que Glen State, seguido por Hamer Flood… ¡en mi casa! Humilde, en la puerta, con la humildad de dos vendedores de aspiradores.

—Pasen.

Les dije que se sentasen. Lo hicieron en el justo borde de los sillones.

—¿Qué desean? —les pregunté.

—Verá… —balbució State—. Usted ha trabajado en el periódico durante mucho tiempo. Todos le apreciamos. Ya sabemos que ha firmado un contrato con el New-York Sport… solo deseamos hacerle una entrevista. Así podremos publicar, aunque sea de segunda mano, sus declaraciones… ¿No cree usted que merecemos eso… por lo menos?

—¡Ya puede empezar, señor State! Pero lo quiero todo en primera página con una foto mía y otra de mi colaborador gráfico, James Pool.

—De acuerdo. Todo lo que usted quiera. Pero, empecemos… ¿cómo descubrió usted lo ocurrido en el campo?

—Por muchos motivos. Primero: porque estaba presente y vi a cierta persona que tenía mucho miedo mientras seguía la jugada de Doyle. Segundo: porque fui el primer periodista, y eso lo sabe usted, en comunicar la muerte del desdichado jugador. Tercero: porque el doctor de la Federación, Playford, inventó una historia, contando que Doyle sufría del corazón. Cuarto: porque el doctor del equipo de los Águilas, Russel, falsificó unas radiografías y firmó un parte médico que finalmente la policía ha encontrado en los archivos del doctor Playford. Porque ambos médicos recibieron una buena cantidad de dinero por obrar de esa cochina manera.

State tendía hacia mí su magnetófono, ya que el pobre no sabe ni siquiera taquigrafía.

—Eso —seguí explicando— se refiere a la primera fase de mis investigaciones. En Boston, me entrevisté con Neal y Keer, los dos «supuestos agresores» del desdichado Doyle, los cuales me mintieron tan mal, y tan bien como se les había ordenado hacerlo, que se equivocaron de número de camisetas, lo que duplicó mis sospechas.

»En aquellos instantes, sin poseer aún las pruebas definitivas,

estaba ya seguro de que algo feo había ocurrido. Entonces, gracias a la ayuda de un químico amigo mío, hice que se embebieran mis guantes de juego con una sustancia, un colorante especial, que no solo atraviesa los poros de la ropa, sino que deja una mancha blancuzca sobre la piel… una mancha que tarda en desaparecer cerca de 45 días. El día que jugué contra los Halcones de Boston, sabía que me iban a hacer una cochinada… si no tan grave como la que hicieron a Doyle, sí una buena marranada.

»Y así sucedió.

»Cuando iba a ser interceptado por los dos delanteros contrarios, que hubieran tenido que ser Neal y Keer, vi un puño que avanzaba hacia mí. Por fortuna, esquivé el golpe, agarrándome al jugador contrario que cayó conmigo, uniéndose a nosotros el otro delantero, que no era Keer, naturalmente.

—¿Qué más?

—La sustancia que mis guantes llevaban atravesó la ropa de los dos jugadores e impregnó su piel. Mientras yo estaba en el hospital con una pata enyesada, envié a Pool que, con una cámara de infrarrojos, que es la única manera de «fotografiar» esas manchas, consiguió la prueba que necesitábamos.

»Ningún jugador de los Halcones tenía manchas en el cuerpo, y lógicamente, menos que nadie, Neal y Keer. James, en el curso de una fiesta en Boston, consiguió fotografiar a dos tipos que «eran» y «no eran» jugadores de los Halcones.

—¿Cómo se entiende eso?

—Muy sencillamente, mi amado exdirector. Cuando los del Boston se enfrentaban a algún equipo más fuerte que el suyo, mantenían a Neal y Keer en los vestuarios, sustituyéndolos por dos granujas, Leemer y Scoote, dos expúgiles con fama de asesinos que habían sido expulsados por brutalidad de la Federación de Boxeo.

—Ya veo.

—Cuando, al final de la temporada pasada, en el último y definitivo partido de la liga, el infortunado Doyle avanzó con el balón dispuesto a asegurar el triunfo de Los Ángeles, aquel par de bestias le cortó el paso. Y como habían recibido la orden de eliminar de una vez para siempre al portentoso jugador que era Edwin, uno de aquellos animales, Scoote, tal y como ha declarado a la policía, le dio un puñetazo formidable en el pecho, provocándole

la muerte instantánea.
—¡Cielos!
—Para simular esa muerte, intervinieron, como antes le he dicho, los doctores Playford y Russel, que ya están en el cárcel como todos los demás.
—Pero ¿quién ideó esa odiosa maquinación?
—¿Quién quiere usted que fuese? ¡El mismísimo director del Boston, asesorado por el granuja del entrenador. Esos dos caballeros, como sus cómplices, tendrán tiempo de meditar en la prisión.
—Perdone… pero, ¿por qué lo hicieron?
Me eché a reír.
—¡Por dinero, señor! Consiguiendo quedar campeones durante tres temporadas consecutivas, la directiva del Boston pensaba solicitar del Gobierno un crédito especial para construir el estadio mayor del mundo, pensando en las próximas olimpíadas… ¡Dinero, señor State! ¡Pasta! Lo mismo que hizo que usted rechazase mi trabajo…
—Estoy muy arrepentido, Ward… porque, ¿puedo llamarle así, verdad?
—Ya veremos. ¡Sabe lo que va a costarle esta entrevista?
—No hablemos de dinero…
—¡Hablemos de él, amigo mío! Y antes de que ese retratista me haga una sola foto. Si no firma un cheque por 100.000 dólares, le arranco la cinta del magnetófono.
Lanzó un profundo suspiro.
—De… acuerdo.
—Hay algo más. Prepare un contrato por diez años… nombrándome redactor-jefe de la sección deportiva… y jefe gráfico de la misma sección a mi compañero James Pool.
Abrió unos ojos como platos.
—¿Cómo? ¿Vas a volver al periódico, Ward querido?
El que me tuteara de nuevo, no me molestó. Lo de «querido» me produjo una desagradable dentera.
—Así es.
—Pero yo creía que… el New-York Sport…
—Míster Wallace se puso casi de rodillas ante mí… pero no acepté…

—¿Puedo saber por qué?

—¿Por qué no? Ya que va usted a ser el padrino…

—¿El qué?

—El padrino de mi boda. Y puede ir preparando un regalo verdaderamente importante. ¡No quiero volver a entrar en el despacho de un director tacaño!

Nuevo suspiro.

—Se hará como tú quieras, Ward quer…

—¡Alto! ¡Suprima el adjetivo! Y ahora —agregué dirigiéndome a Flood—, puedes empezar a hacer las fotos. Y no olvides que también harás las de mi boda… a cuenta del periódico.

FIN

Colección TAM-TAM

Editorial Ceres brinda a sus fieles lectores la Colección TAM-TAM, destinada a todos los amantes de la aventura, en cuyas novelas encontrarán los temas más interesantes, en exóticos ambientes, donde el sexo, la violencia y la acción trepidante toman carta de naturaleza.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. EN BUSCA DEL ESLABÓN PERDIDO. Curtis Garland
2. DOS HOMBRES, UNA MUJER Y UN TESORO. Alan Parker
3. EXTRAÑO SAFARI. Rocco Sarto
4. MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA DE LA MUERTE. Alex Simmons
5. FLORES DE HIBISCO. Lou Carrigan
6. SANGRE EN EL OCÉANO. Elliot Dooley
7. INFIERNO VERDE. Lucky Marty
8. EL LAMA NEGRO. Ralph Barby
9. CAZAD A LOS FURTIVOS. Alex Simmons
10. CORTADORES DE CABEZAS. Alan Parker
11. LA CIUDAD PERDIDA. Joseph Berna
12. LA BESTIA AGUARDA. Rocco Sarto
13. LA CAJA NEGRA. Lou Carrigan
14. DIAMANTES NEGROS. Lucky Marty
15. POR EL CURSO DEL ARAGUAYA. Bab Fleming

TÍTULOS DE PRÓXIMA APARICIÓN

16. EL MISTERIOSO «BIGFEET», Alex Simmons
17. PALOMAS SIN PALOMAR. Lou Carrigan
18. EL PUENTE EMBRUJADO. Elliot Dooley
19. LAS JOYAS DE LA PAGODA. Bab Fleming
20. LOS OJOS DE LA IGUANA. Curtis Garland

Si le interesan algunos de estos títulos, pídalos en su kiosco o librería habitual. En caso de no encontrarlos escriba a LIBRESA. Durán y Borrell, 24-26, Barcelona-23, remitiendo su importe en sellos o por medio de giro

postal.

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

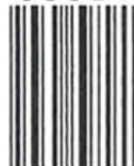
DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5





EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona

Precio en España
60 ptas.

Impreso en España